

Sor María

Con la mirada en el cielo
y los pies en la tierra



Sor María

Con la mirada en el cielo
y los pies en la tierra

Anécdotas y relatos escritos por sus alumnas

Ilustración de portada: Rosas pintadas al óleo por la exalumna Emilia Piñeres de García con la ayuda de Sor María Romero.

Ilustraciones internas: Hortensia Hernández Z.

Diseño y diagramación: Maricruz García.

Índice



Presentación

Dedicatoria y Agradecimiento

Oración de Sor María

Oración Hecha Vida (Anécdotas y Relatos)

Resentida me alejé de Sor María.....1

Que no entre Sor María.....2

¡Muy leíto, un ochito!.....4

Ensayando un Sainete.....5

Una Luz Brillante la rodeaba.....8

Con amor de abuelita.....10

La Virgen todo lo multiplicaba.....12

¡Esto te lo dibujó Alida!.....14

Mi ramo de Novia.....17

Acordáte que esto vos y yo lo comenzamos
juntas.....19

Y cebollas también.....22

Arriba hay una caja de medias.....24

¿Verdad que usted ve a la Virgen?.....24

Sequita y caliente.....26

Un solo tema.....27

Yo tenía mis dudas.....28

Quería más a mi mamá.....	29
Nunca estuvo sola.....	30
Sor María se adelantó al Concilio.....	31
Todo se multiplicaba.....	32
¡Serás abogada!.....	33
Mi nota no subió.....	35
Todo se arregla con amor.....	35
Sor María me escondía.....	36
Se Transformaba.....	38
Sacó paños y limpiones.....	39
En el Colegio María Auxiliadora.....	40
¡Pasticciona!.....	42
Felicitación singular.....	43
Un Ave María.....	43
La que chilla es usted.....	44
¿Lo hiciste vos?.....	44
La gente salía contenta con sus dos cuadritos.....	46
¡Al fin le pagué!.....	47
¡Cantás como una chicharra!.....	48
Los saludó amablemente.....	48
Un gran campo de apostolado.....	49
Las Mañanitas.....	50
Gracias a Sor María aprendí a coser.....	51
Yo tenía apenas nueve años.....	52
No se te van a meter los ladrones.....	53
Seguí ayudándole en todo.....	54

Solfear era monótono.....	55
Un “diario” de alimentos.....	57
¡Como no ayudar a los de casa!.....	58
El ataque de asma.....	60
Escogiendo telas y juguetes.....	61
Angelitos quiere el cielo.....	62
¡Por favor, no cante!.....	63
¿Sólo candelas?.....	63
Oremos juntas.....	64
Con una gotita es suficiente.....	66
Fuí oratoriana.....	67
El nombre del Ángel de la Guarda.....	68
La cortinita del Sagrario.....	69
No nos llevamos ni una pulga.....	70
No olvidaré nunca su imagen.....	71
El dinero llegó en el momento oportuno.....	72
Será su consuelo en los últimos días.....	73
Usted tocará la Misa de mis funerales.....	74
Sor María intercedió ante su Reina.....	76
La Tortuguita.....	78
¡La alegría sana no es mala!.....	79
¡Viva Jesús!, ¡Viva María!.....	81
Nace una niña.....	81
Donde hay voluntad, nada cuesta.....	83
Gesto de Amor.....	85
Sentí una fuerza extraña que me impulsaba.....	86

La Virgen no me deja.....	88
El niño nacerá sano.....	90
Sor María lo sentó en su regazo.....	91
Poliomelitis.....	93
Curación completa.....	94
Veo a Carolina con una gabacha blanca.....	96
Epidemia de Rubeola.....	97
En los brazos de María.....	98
De adolescentes, Monjas y chaperones.....	98
Fui su confesor.....	101
Epílogo.....	103



Presentación



Con la limpia sencillez de los amigos
alguien hablaba al Señor de sus preferencias.
pasaron en la lista los niños...

¡son tan bellos e inocentes!

Los pobres...¡ah si pudiera dar hasta la vida
por los pobres!

Los enfermos, que participan tan cerca del
misterio de la Cruz...

Y los jóvenes y los ancianos
y cuantos muestran en sus vidas alegrías y dolores,
objeto de las divinas misericordias.

“Pero, Señor -concluía el orante-

¡mis preferidos son los santos!

¿Cuándo me darás media hora para conversar
con tus enamorados?”

A nosotras, Generación 1950-1954,
y a tantos y tantos otros grupos de alumnas
del Colegio María Auxiliadora de San José,
el Dios Amor nos concedió esa “media hora”,
que transformó en horas, días, meses y años.

“¿Cuándo me darás media hora para conversar
con tus enamorados?”

Pero, Señor ¡que sencillos son tus santos,
tus enamorados!

Allí en ese diálogo hecho de palabras
de silencios, de notas musicales, de pinceles y colores
y cuadritos y melcochas;
en esos cientos y miles de sonrisas y paciencias
y miradas compasivas,
de bondadosos detalles,
aprendimos lo más importante,
lo verdaderamente importante
que nos tenías reservado
para los años exquisitamente ricos de nuestra
adolescencia.

Estas páginas que con gran solicitud han recogido
algunas de nuestras queridas compañeras,
esconden más allá de los rasgos externos,
no un momento de admiración,
sino el asombro sostenido
de quien está ante la manifestación
más clara de Dios en la tierra: los santos...
esos que nos permiten disfrutar lo trascendente
como el clima ordinario en el que nos sentimos bien...
donde el aire de todos los días
es el de las más limpias y altas cumbres.

Ahora...la *Sor María*
que nos narraba las maravillas de su Rey
y las preciosas mediaciones de la Madre solícita,

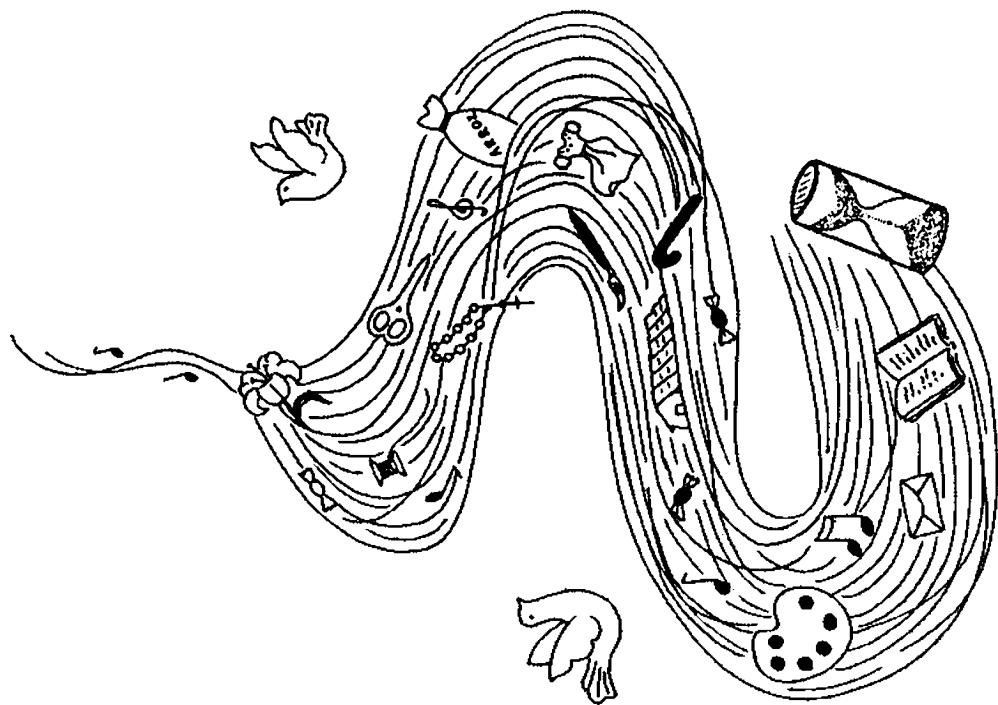
nos sonríe desde los altares
y vuelve a repetir nuestros nombres...el de cada una
-¡los conoció y pronunció perfectamente tantas veces!-
y, con la misma sencillez con que nos hacía
jugar con el lápiz
para dibujar una rosa,
nos invita a la meta:
“¡Ánimo!,
¡sin miedo!
¡es perfectamente alcanzable!
No es sino el desarrollo normal de la gracia
bautismal.
Vamos...alegres...
siempre alegres...siempre en gracia...”

Viviendo con ella aquellos años...
nos abrimos a un feliz descubrimiento:
Dios se sigue manifestando
y podemos verlo y gustarlo hoy,
aquí y ahora,
en sus santos...en sus enamorados...

¡Gracias, Señor,
por esa prolongada “media hora”
que nos diste para conversar con Sor María,
con tu enamorada!

Sor Soledad Schroeder Q. -FMA-





Dedicatoria y agradecimiento



Un grupo de exalumnas de Sor María Romero, de la Generación 1950/1954 tiene el agrado de presentar esta recopilación de anécdotas y relatos relacionados con quien fue su profesora de dibujo, pintura, música y coro, en el Colegio María Auxiliadora, de San José, Costa Rica.

También incluimos algunos relatos que llegaron a nuestras manos -ya no referentes a exalumnas- y que consideramos de interés, para todos los que lean este anecdotario.

De esta manera, queremos rendir un tributo a nuestra Maestra y Profesora, a su influencia bienhechora y a la huella imborrable que dejó en nuestras vidas.

Ante el gran suceso de su beatificación, el próximo 14 de Abril del 2002, nos sumamos al regocijo que inunda a todas aquellas personas que la conocieron, admiraron, quisieron, creyeron y apoyaron sus obras.

También sentimos el imperativo de legar a las generaciones posteriores de exalumnas que no la conocieron personalmente, una semblanza suya conformada por las distintas facetas de nuestra relación con ella, como alumnas en sus cursos y/o colaboradoras en alguna de sus obras.

Finalmente, queremos agradecer a las personas que compartieron su vivencia con nosotras. Ellas hicieron posible la edición de esta obra, que no dudamos dará a cada lector la oportunidad de asomarse a lo que en su momento fue una relación muy especial de Sor María, con sus alumnas.



Oración de Sor María



“Concédeme Dios mío, que mientras voy subiendo la cuesta de mi vida, pueda sin interrupción: Enjugar todas las lágrimas que encuentre, endulzar todas las amarguras y sinsabores, suavizar todas las asperezas, y echar un poco de bálsamo en todas las heridas...

Haz que pueda sonreír a todos los tristes y angustiados; dar la serenidad a todos los atribulados; unir todos los corazones distantes, y apaciguar todos los enconos y violencias.

Haz que pueda dar siquiera un pedazo de pan a todos los hambrientos que me pidan...un vaso de agua a todos los sedientos; un retazo de lienzo a todos los desnudos y un albergue en mi alma, siquiera a todos los peregrinos.

Haz que pueda dar un rayo de luz a todos los que andan en tinieblas; encaminar hacia el bien a todos los que andan extraviados; dar la mano a todos los que están a punto de caer y levantar con delicadeza a todos los caídos.

Haz que pueda arrancar las espinas de todos los corazones oprimidos; devolver la paz a todos los que la han perdido; cubrir con el manto de la caridad a todos los pobres pecadores, y derramar por doquiera...refrigerio, descanso, bienestar, calma.

Sí Dios mío, concédeme la gracia de poder consolar a todos los que encuentre sufriendo por el camino del Calvario y ser instrumento de tu bondad y de tu misericordia . Lléname de mansedumbre, humildad, bondad y dulzura; de comprensión, compasión y piedad, y graba en mi alma y en mi corazón tu imagen benditísima, santísima y queridísima, de tal manera, que ya no sea a mi a quien vean sino a Ti, dulce Amor mío.

Que no haya una sola alma que pase por mi lado que no la lleve inmediatamente a tu Amor y sólo piense en adelante huir del pecado y agradarte. ¡Ah, tengo hambre y sed de justicia! Es decir, ¡de hacerte conocer, amar y servir! Por eso como a Isaías, toca mis labios, mas no con un carbón encendido, sino con una gota de tu preciosa Sangre, para que se abran a publicar tu Nombre y a pregonar sin cesar tus maravillas y grandezas y, sobre todo, las ternuras de tu divino y adorado Corazón.

¡Oh Madre mía! Con Jesús, en Jesús, como Jesús, por Jesús, y para gloria de Jesús, me entrego y abandono ciega y enteramente en tus brazos maternos, para pasar directamente a la hora de la muerte de los tuyos, a los de la infinita misericordia del Señor. Cúbreme bajo tu manto y defiéndeme del enemigo malo. Amén”



Tomado de: Grassiano Ma. Domenica. “Con María. Toda para todos con Don Bosco”. Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, Roma, 1987. P.195



Oración hecha vida

Resentida, ¡me alejé de Sor María!



Era el año 1957. Yo estaba recién casada, y, mientras visitaba a mis papás, mi padre sufrió un desmayo. Llevado de emergencia al hospital, los médicos diagnosticaron peritonitis aguda. Se le practicó la operación, pero al salir de ella, el doctor nos dijo que no había nada que hacer. Estaba invadido de cáncer..

Yo acudí a Sor María que me dijo simplemente: "Vamos a rezar". Yo estaba segura de que Sor María alcanzaría el milagro, pero no fue así. Papá murió a los tres días.

Presa de un gran resentimiento hacia Sor María, pues la culpaba de la muerte de papá, no volví a la Casa de la Virgen por casi 20 años.

Un día, estando en Tilarán, recordé a aquella hermana a quien quise tanto. Ya yo había aceptado plenamente la voluntad de Dios, y día a día sentía más vivo el deseo de ir a visitarla. Por fin decidí llegar. Le dije a mi esposo que viajaría a San José, dejé todo listo para el día siguiente, y viajé ese mismo día. Él me preguntó si me sentía enferma, pues él tenía una reunión en San José la semana siguiente, y le parecía mejor que viajáramos juntos. pero ya mi decisión estaba tomada.

Llegué a la Casa de la Virgen y me dieron la primera ficha. Poco a poco fue llegando gente hasta que se llenó el salón donde esperábamos. Al poco rato llegó Sor María, me abrazó con mucho cariño y me dijo: "Te estaba esperando" Yo me estremecí. Hablamos casi una hora, y, al terminar, me dijo que había llegado apenas a tiempo porque viajaba al día siguiente a Nicaragua. Yo le pregunté por cuanto tiempo, y me contestó: "Por el que Dios quiera".

Una semana más tarde, el 7 de julio, yo me encontraba en Tilarán participando en un Cursillo de Cristiandad, cuando Monseñor Morera hizo una pausa para dar la noticia "Sor María Romero ha muerto. Está en los brazos de su Rey".

Elizabeth Villaverde Pereira - Exalumna-

¡Que no entre Sor María!



En la década de los 70 se inauguró la Unidad Coronaria en el Hospital San Juan de Dios. única en el país, que contó con los últimos adelantos tecnológicos de aquella época.

El gestor de esta gran idea y que le dedicó muchas horas y días al desarrollo y formación del



personal que laboraría en ella, fue el Doctor Fernando Quirós Guier, médico cardiólogo, a cuya dedicación y esfuerzo se debe este servicio hasta nuestros días.

En aquella época, me tocó laborar como enfermera profesional en dicho departamento . Una mañana, se encontraba en dicho Servicio una hermana, Hija de María Auxiliadora, a quien se iba a tratar con un nuevo producto farmacéutico que era en aquel entonces de lo mejor. Estaba preparando el medicamento, cuando me avisaron que Sor María Romero me buscaba para poder entrar al Servicio y ver a la religiosa

Cuando el doctor Quirós Guier escuchó que estaba afuera del Servicio Sor María Romero, me indicó en forma tajante que por ningún motivo le permitiera entrar.

Sorprendida por esta inesperada actitud, le pregunté de inmediato el por qué, a lo que él me respondió:

"No quiero que entre Sor María Romero, porque entonces no voy a poder saber si la hermana se curó porque el medicamento funcionó bien en ella, o porque Sor María le pidió a María Auxiliadora que Jesús la sanara"

Flora Isabel Rodríguez Ruiz - Exalumna.

¡Muy leidito, un ochito!



Sor María me llamó a dar la lección de Música, oral, como se acostumbraba en ese tiempo, y esa vez me tocó Bethoven. Abrí el cuaderno en la página indicada, y lo puse en el pupitre, al abrigo de la espalda de una compañera.. Así dí muy bien la lección.

Sor María me dijo entonces. "Muy leidito: un ochito".

Cada vez que tenía clase de Francés, me escapaba y me iba donde Sor María. Ella me preguntaba: "En que estás" Y yo le contestaba: "En Francés" Entonces ella me decía: "Sentate aquí y me ayudás"

Cuando empezamos a pintar nos dijo: vamos a pintar las cortinitas del Sagrario, para darle las primicias al Señor"

A mi cortina le tocó irse para la Iglesia de Lourdes.

Teresa Truque - Exalumna.



Ensayando un Sainete



Tuve la dicha y el privilegio de ser discípula y amiga de Sor María durante mis años de Colegio, 1944/48. Es una persona de esas que no se olvidan nunca.

Recuerdo que yo era una de esas alumnas "saca de apuros", en cuanta velada o asamblea se celebrara en el Colegio. Una vez Sor María estaba montando un sainete cómico, pero ..., cantado!. Me llamó y yo le dije: "Ay, Sor María, todo lo que quiera, pero cantar no, el Señor no me dio voz más que para hablar. "Vení, vamos a probar", me dijo, "Sólo necesito a alguien con un poquito de tono y que se oiga".

Un poco con pena me presenté al ensayo. Sor María me puso en medio escenario y se fue al fondo del Salón, y dijo: "Ahora sí, cantá algo!". En aquel momento sentí miedo, mariposas revoloteaban en mi estómago y las piernas me temblaban. Lo primero que se me ocurrió fue cantar: "tendida sobre sábanas de rosas, a la sombra de amor de tus palmeras..." (casi no llego al tono de rosas que era el más alto). "Está bien", dijo, "es suficiente", y quedé contratada a pesar

de mi voz y tono.

Años después comprendo que quizá, eso era parte de lo cómico del sainete, que se llamaba "La Modistilla". En él yo era una modista de sociedad que presumía de ser lo máximo, y Cecilia Odio (q.d.D.g.) era una gringa alocada, pendiente de lo último de la moda. En uno de los pasajes ella tenía que decir cantando, "Yo ser la Miss y cuando saber de este lugar, ponerme el hat, coger el dog y aquí venir".

En uno de los ensayos, Sor María le explicaba a Cecilia, la Miss, cómo era el tono del canto, y entonces dijo "ponerme el dog y coger el hat, y aquí venir". Eso sirvió para que celebráramos, riéramos, y recordáramos hasta el día de hoy, la ocurrencia lingüística de Sor María.

Aún me parece verla riendo distentida, con esa su manera de ser, totalmente abandonada en los brazos de su Amado Jesús y su Reina María. ¡Sor María, ahora que ya estás con Ellos, protégenos!.

Una alumna que te quiso y quiere mucho,

Cecilia Quesada de Fernández



Una Luz Brillante la rodeaba



Corría el año 1934. Era un 15 de agosto. Yo tenía ocho años y mi hermano Andrés, seis. Antes de morir mi madre, sus últimas palabras fueron que sus hijos, Andrés y Rina, se educaran en un colegio Salesiano.

Mi padre me matriculó en el Colegio María Auxiliadora de San José, donde estudié.

Mis años de colegio, a pesar de ser estrictos y disciplinados, fueron los más felices de mi vida. En esos años tuve la dicha de conocer a Sor María Romero y tantas otras hermanas que me brindaron enseñanzas y cariño, como si fueran mi madre.

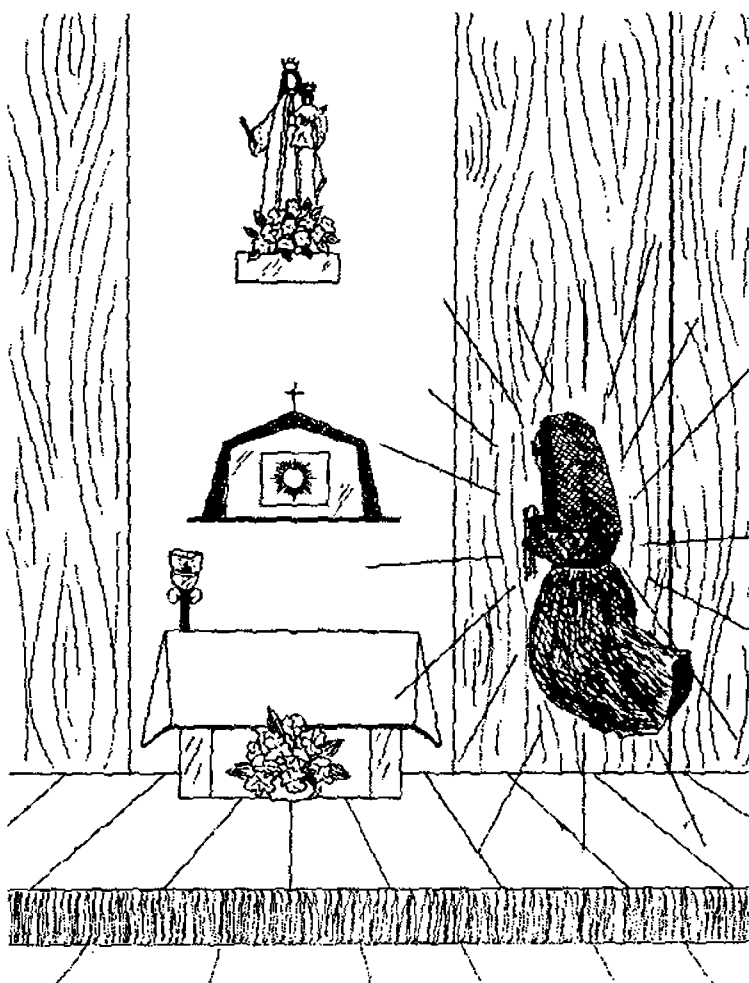
Un día, que me encontraba en la capilla del colegio rezándole a Jesús Sacramentado y a mi Virgen, me arrodillé en el centro del comulgatorio y miré al lado derecho, donde las hermanas tenían su capilla particular. En un silencio absoluto vi a Sor María Romero rezando. Para ella no existía más que su amado Jesús. Alrededor de su velo negro, una luz brillante la rodeaba. Del suelo, su cuerpo levitaba unos quince centímetros. No podía creerlo.

Salí silenciosamente. Regresé al patio de recreo y mi corazón latía con fuerza. Guardé un silencio absoluto, de mi boca no salió nunca una palabra.

Estaba segura de que mis compañeras se

burlarían de mí: nadie, ni mis profesoras me creerían. Hoy, a la edad de 74 años, confieso lo que en mi corazón conservé, lo que mis ojos vieron, un testimonio de verdad y fe.

Rina Lipa de Sáenz - Exalumna.



Con amor de abuelita



Tuve la dicha de ser alumna de Sor María Romero durante mis cinco años de estudios secundarios en el Colegio María Auxiliadora de San José. En ese tiempo, también colaboré con ella en el Oratorio del barrio San Cayetano, donde le ayudaba con las clases de Catecismo que se impartían en la iglesia, en ese tiempo en construcción. Eso me unió mucho a ella y le tenía tanto cariño y admiraba tanto la labor que llevaba a cabo con los pobres, que mantuve una estrecha relación con ella hasta su muerte, en 1977. Aún después de su muerte, ella ha seguido siendo una inspiración y un ejemplo para mí y por eso continúo trabajando con los pobres en la Pastoral Social de mi Parroquia.

Entre más conocía a Sor María, más me daba cuenta de su santidad y de su cercanía con Dios y con María Auxiliadora, a quienes les hablaba como si realmente los tuviera a su lado. Nunca olvido cómo cada vez que pasaba frente a la primera capillita que tuvo en lo que hoy llamamos la "Casa de la Virgen", se paraba en la puerta y empezaba a "piropear" en voz alta a su Rey y a su Reina.



Por esa razón, yo confiaba plenamente en sus oraciones y cada vez que necesitaba algún favor de María Auxiliadora, le pedía a Sor María que me ayudara a rezar. Recuerdo que siempre regresé agradecida a contarle que la Virgen me había concedido el favor que le habíamos pedido.

En una de esas ocasiones, Sor María se echó a reír con una risa que era muy característica de ella y me dijo algo que nunca he olvidado y que cada día tengo presente cuando rezo a María Auxiliadora, en quien tengo una confianza sin límites. Sor María me dijo: "¿Por qué se sorprende? ¿No ve que la Virgen la quiere con amor de abuelita?. Porque las mamás a veces dicen que no a sus hijos cuando les piden algo, pero las abuelitas nunca dicen que no"

Flora Ruiz Solórzano- Exalumna.



La Virgen todo lo multiplicaba



En el año 1960 mi hija mayor, Isabel María, debía prepararse a la Primera Comunión. Cursaba el 1er. grado de la Escuela Perú.

Conociendo la devoción de Sor María a Jesús Sacramentado y a María, su Madre Santísima, no dudé en consultarle si la podía preparar, junto con otras cuatro compañeras

Por supuesto que aceptó y durante año y medio ella las instruyó.

La ceremonia se programó para el 21 de mayo de 1961. Todavía no estaba la actual capilla, de manera que la Misa se celebró en el Teatrillo del Sagrado Corazón.

Sor María deseaba que la Primera comunión fuera algo sencillo. Lo primero y más importante era preparar a las niñas y a los niños a recibir a Jesús con gran devoción. Sólo nos pidió al grupo de madres de la escuela Perú que le arregláramos el altar con flores blancas.

Como éramos cinco mamás, nos dividimos para comprar las flores y hacer los arreglos.

Lo que me llamó la atención es que cada vez que hacíamos un florero, las flores, en lugar de disminuir, aumentaban, ante nuestra mirada llena



de asombro, pensando que pasaba algo similar a la multiplicación de los panes y de los peces,

Fue tanta la cantidad de flores, que usamos vasos, botellas de leche y cuanto recipiente encontramos. Al final pusimos flores en el suelo adonde la gente no las pisara.

Sor María estaba tan asombrada como nosotras, pero ella se estaba acostumbrando a que la Virgen todo se lo multiplicara.

Desde entonces yo creo que es así, y siempre he pensado que allí los milagros le revolotean a uno a cada paso.

Thelma Rodríguez de Gutiérrez. -Exalumna

¡Esto te lo dibujó Álida!



Sor María fue mi profesora de Dibujo y Pintura. Yo admiraba los hermosos dibujos que hacían unas compañeras mías; amí me gustaba la Geometría, pero no servía en absoluto para dibujar.

Tenía yo una compañera de clase que gozaba dándoles colores fuertes a los dibujos, era mi prima Álida.

Esta prima y yo éramos como gemelas. Nos queríamos muchísimo. Pero un día ella decidió irse al colegio Santa Margarita.

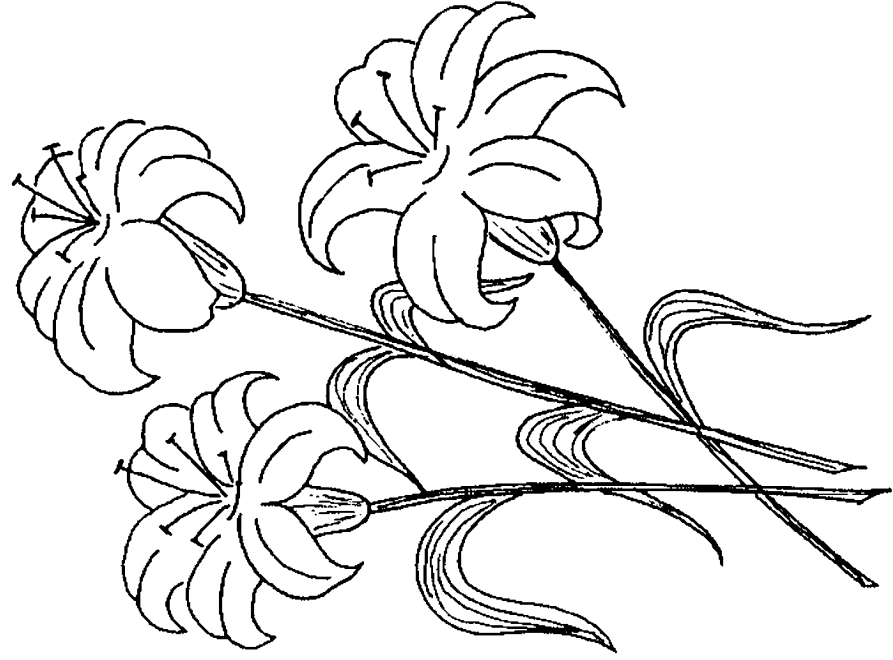
Yo seguí en el colegio María Auxiliadora, pero estaba atrasadísima en el cuaderno de dibujo. Entonces acudí a mi prima y, en pocos días, el cuaderno estaba al día...

Pero Sor María tenía muy buena memoria y conocía bien el estilo de cada alumna, aunque la hubiese dejado de ver varios años.

-Esto te lo dibujó Álida, me dijo- tenés que presentar examen de Dibujo

Pero, a pesar de mi ineptitud para dibujar y pintar, Sor María era, como muchas otras maestras de esas épocas, de las personas que enseñaban por amor al alumno y a su materia. Buscaban lo bueno de cada niño o joven. Sor María era especial: una mujer dulce y buena. Pero, a pesar de eso, no dejó





de hacerme el examen.

Sacó de su escritorio. lápices, regla, escuadra, transportadores, borrador y me puso a dibujar.

La prueba consistió en planos y figuras geométricas.

-Usted sí puede - me dijo.

Y aprobé con buena calificación.

Al escribir estas cosas, todavía me emociono.
¡Dios bendiga a Sor María!

Después de salir del Colegio entré a la Universidad a estudiar Ingeniería . Fui alumna de Dibujo Lineal del Ingeniero Fernando Rojas, que es un profesor muy estricto y muy recto.

Los trabajos que don Fernando pedía eran extensos y difíciles

Gran alegría sentí al llegar a contarle a Sor María que el Ingeniero Rojas me había eximido del examen final de Dibujo.

Creo que esta historia no necesita más explicación.

Ana Isabel Truque Bolaños - Exalumna



Mi ramo de Novia



Estaba yo conversando con Oscar, mi novio, al atardecer allá por la Casa Amarilla, tomados de la mano, cuando en eso pasó una profesora del Colegio y nos vió. Desafortunadamente, yo andaba con el uniforme.

Al día siguiente fui llamada por la Hermana Directora que, informada ya del hecho, me ordenó quitarme la medalla del uniforme, pues había cometido una falta grave.

¡Me sentí tan avergonzada al tener que despojarme de mi medalla, que me puse a llorar desconsoladamente!. En eso pasaba Sor María y me preguntó qué me sucedía. Le conté todo y me dijo que no había sido correcto lo que había sucedido, porque había normas estrictas en lo referente al uso del uniforme, pero que ella le encomendaría a la Virgen esa relación, para que la condujera por el camino adecuado.

Pasaron los años, egresé del Colegio y contraí matrimonio con Oscar. El día de mi boda pasé al Colegio para dejar el ramo de novia al pie de la imagen de María Auxiliadora.



Me agaché para colocarlo y al incorporarme ví asomarse por la capillita lateral el rostro amable con una gran sonrisa de Sor María.

Ella no sabía nada de mi boda y estuvo allí para sonreírme. Tal vez no lo sabía de la manera corriente, pero sí del modo extraordinario en que ella sabía tantas cosas.

Roma Antonini V. - Exalumna-



*Acordátele que esto vos y yo
lo comenzamos juntas.*



Como yo vivía a media cuadra del Colegio, todos los domingos iba a misa de 8 a.m., en la Iglesia de San Francisco de Mata Redonda, donde está la actual Capilla del Colegio María Auxiliadora de San José. Sor María tocaba el órgano, y me decía: "Pedíle permiso a tu mamá y me acompañás a los Oratorios". Yo tenía como nueve años y en esa época no había entretenimiento y salir con Sor María era como un paseo. El camión de pasajeros me recogía en la puerta de mi casa y Sor María ya venía en él. Cuando el cobrador pasaba, ella sacaba de una monederita pequeña de su hábito, 15 centavos para mi pasaje pues a ella no le cobraban. Me sentaba a la derecha, con dos bolsas de manigueta. En una venían las melcochitas, y en la otra, los recortes de galletas que la Pozuelo le donaba a ella para los niños.

Ella siempre llevaba un bolso de vinil negro, en el cual guardaba medallitas, estampitas, o alguna cosita que ella rifaba. Durante el trayecto yo aprovechaba para aturuserme de galletas. ¡Qué atipada de galletas me daba y ni se diga de melcochitas!!!. Y con mi estomaguito repleto,



me sentía feliz. Eso me daba fuerza, pues regularmente los Oratorios eran en unos galerones contiguo a la Iglesia y en más de una ocasión nos mojábamos. Íbamos a los Oratorios de Lourdes de Montes de Oca, San Cayetano, Barrio Cristo Rey. Creo que yo disfrutaba mucho del paseo y de la atipada de golosinas, pues pasé varios años acompañándola.

Ahora cuando pienso en esto, le doy gracias a Dios, que me dio la oportunidad de poder compartir con Sor María tantos años, cuando ella apenas comenzaba su gran obra.

¡Gloria a Dios!!!.

Pasaron los años. Ya yo tenía una familia que atender, marido y tres hijos, quehaceres domésticos y además un trabajo de Secretariado, en la Institución más grande de entonces, la Caja Costarricense de Seguro Social.

Allá por el año 1973, una tarde le dije a mi hija Floriana, de ocho años de edad, que fuéramos a misa a la Capilla de Sor María. Así le decíamos a la actual Casa de la Virgen, pero le advertí que debíamos de salir sin que Sor María nos viera, porque cada vez que me veía, me preguntaba: "Flora, ¿cuándo venís a ayudarme?".

¡Ni para qué!. Por más que nos escurrimos por un ladito, me hizo una seña llamándome. Apenas vio a



Floriana, le dijo: "¡Sos igualita a tu mamá a esa edad!". Me hizo la pregunta de rigor, de cuándo le iba a colaborar. A lo que contesté como muchas otras veces: "Sor María, no tengo tiempo. Tengo mucho compromiso familiar y laboral". Fue cuando me dijo, mirando alrededor: "Pero Flora, acordáte que esto vos y yo lo comenzamos juntas".

Con toda naturalidad y franqueza le dije: "Pero Sor María, cuando yo pequeñita de nueve años, salía con Usted a los Oratorios, lo que más me interesaba era comoer melcochitas y galletas, que yo le ayudaba a cargar en las dos bolsas de manigueta". Ella me respondió que eso no tenía importancia, que siempre a los niños les gusta comer golosinas, que lo que más importaba era que en el momento en que ella me necesitó, yo estaba a su lado acompañándola. En esa época las Hermanas Salesianas no podían salir a la calle solas, necesitaban de un acompañante.

¡Con qué amor y cariño ella me dijo esas palabras, que todavía hoy en día me estremezco al recordarlo!. Por supuesto que apenas salí de trabajar en la Caja, me integré a ASAYNE, en donde tengo más de veinte años de ser miembro de la Junta Directiva. Ya Sor María había fallecido, pero me queda la satisfacción y la alegría de haberle cumplido su solicitud de: "Flora, ¿cuándo venís a ayudarme?".

Flora Rodríguez de Gámez. Ex-alumna



Y cebollas también...



Sabemos cómo Sor María se preocupó por dar a los pobres una vivienda digna y condiciones de vida decorosas.

Trabajó incansablemente, hasta que logró fundar una Asociación, ASAYNE (Asociación de Ayuda al Necesitado) y con ésta, tres urbanizaciones o ciudadelas.

Cierta vez, Sor María debía ir a una recién fundada urbanización y no tenía nada que llevar a aquellas familias postrísimas.

Se fue a la capilla y pidió a la Virgen que le enviara algo.

Al poco rato llegó un camión con un saco grande de frijoles. El hombre que se bajó, dijo a Sor María:

-Esto es para sus pobres.

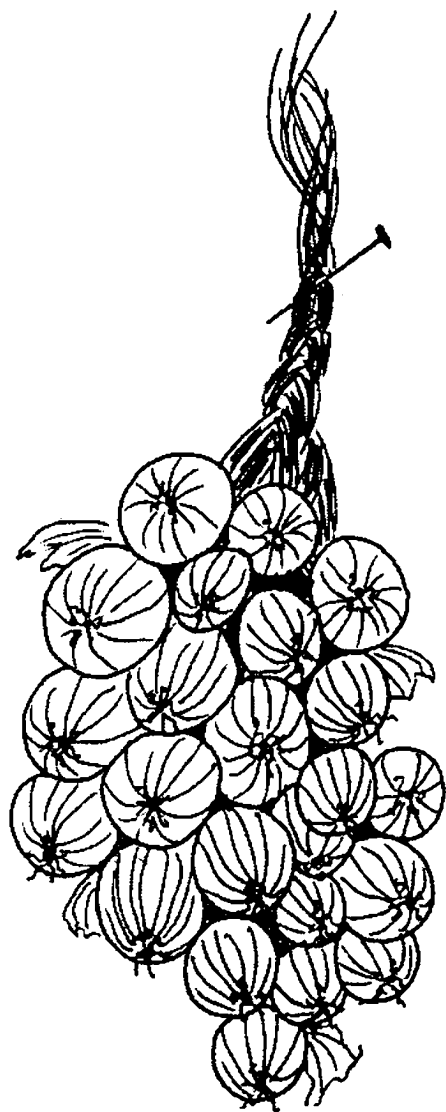
Pero Sor María pensó que era muy poco llevar sólo frijoles, y decidió pedirle a la Virgen:

-Mi Reina, envíame algo más, que acompañe los frijoles, para que a esta pobre gente le sepan sabrosos..

Poco después, llegó un pequeño cargamento de cebollas, también para los pobres.

Sor Nora Ma. Herrera P. FMA





Arriba hay una caja de medias



En una de las visitas de Sor María a la tienda Gabú, Mario Broutín, el dueño le dijo: "Sor María, hoy no tengo nada que ofrecerle". Sor María le dice: "¡Claro que sí! Arriba, en la bodega, hay una caja con medias" Mario sabía que no tenía medias, y, muy extrañado, mandó a buscar.

Efectivamente había una caja que, con el mayor gusto, entregó a Sor María.

Irene Kruse de Esquivel - Exalumna

¿Verdad que usted ve a la Virgen?



Una vez, saliendo de una reunión de catequistas, bromeando con Sor María, le dijimos: "Sor María, ¿verdad que usted ve a la Virgen?" Ella sonrió con una alegría resplandeciente y en una atmósfera de sencillez y vivacidad comenzó a repetir con su tono característico: "¡Viva la Virgen! ¡Viva mi Reina! ¡Viva mi Rey!" Todas dijimos. "No lo negó" Y creció el convencimiento de que nuestro presentimiento era verdad.

Sor Elizabeth Sánchez FMA





Sequita y caliente



Año 1952. Hacía mi cuarto año de bachillerato. Por primera vez no era seminternista y debía ir a almorzar hasta Lourdes de Montes de Oca. Esta vez me retrasé un poco al regresar a la 1:30 p.m., además llovía torrencialmente. Empapada hasta los huesos, en compañía de otras alumnas, debimos permanecer en "Chico Soto" mientras el agua bajaba de las rebosantes alcantarillas. Luego emprendimos el camino al colegio, pero ya era tarde. Temíamos que Sor Carmela Arrea nos viera. Entramos rápido y casi furtivamente.

Al llegar al salón de actos, mi grupo estaba en clase de canto con Sor María Romero.

Por ser ya tarde y estar empapada por completo, entré por la puerta de atrás y me quedé en la última banca, sola, toda la clase de Música.. Estoy segura de que Sor María no me vio entrar, embebida como estaba en sus cantos a María. Al finalizar la clase: ¡sorpresa!, Sor María se me acerca, me invita a acompañarla a la lavandería del colegio, me pide entrar en un baño y con ayuda de las Hijas de Casa, se me secó toda la ropa a plancha; y, sequita y caliente, me fui a la siguiente lección. ¡gracias a la caridad discreta de Sor María Romero.

Sor Elizabeth Sánchez FMA



Un solo tema



Leticia, joven universitaria, estudiante de Farmacia, debía trabajar para ayudar a su familia. Huérfana de padre, trabajaba y estudiaba y, como hermana mayor, debía proveer a las necesidades de sus hermanos menores. Por esto era profesora de Química en el colegio María Auxiliadora de San José.

Los escasos momentos de tiempo libre los ocupaba en ir a dar Catecismo en uno de los Oratorio que tenía Sor María en los barrios de San José.

Fue siempre una exalumna ejemplar.

Una vez debía presentar un examen muy difícil. Avisó entonces a Sor María que no podría ir el domingo al Oratorio.

Sor María le contestó. "Vente lo mismo, que la Virgen te ayudará". Luego le indicó que estudiara bien, muy bien, un solo tema, que confiara en la Virgen.

Leticia era excelente alumna, por lo que de todos los temas sabía, pero se estudió a perfección uno solo.

Cuando, a la mañana siguiente llegó al examen, sacó a suerte el tema que se sabía al dedillo.

Sor Nora María Herrera- FMA



Yo tenía mis dudas



Era el año 1951. Yo era alumna de segundo año en el colegio "María Auxiliadora".

Sor María, nuestra profesora de Música y Dibujo, nos hablaba a menudo de las maravillas de la Virgen María en beneficio de los oratorios que ella presidía.

Yo, sinceramente, tenía algunas reservas y ayudaba a Sor María en algunas ocasiones, con no pocas dudas.

Un día sábado por la tarde me encontré junto con otras alumnas asistiendo a un grupo de niños y madres de escasos recursos que se congregaban periódicamente frente a nuestro colegio. Ellos recibían la catequesis y luego se les premiaba con una libra de arroz, otra de frijoles y una melcocha para los niños.

Al terminar la lección, les pedimos a todas aquellas personas que hicieran una fila para proceder a la entrega, como de costumbre, pero al entrar al cuarto donde Sor María guardaba los alimentos, no había ni una libra de arroz. Angustiadas, preguntamos a Sor María qué debíamos hacer, a lo que contestó con aquella paz que la caracterizaba: "No se preocupen, la Virgen proveerá. Entretengan a la gente con juegos y cantos".

Pasó largo rato, y ya nos cansábamos de entretener a la gente, cuando llegó un empleado del almacén de mi papá, con un saco de arroz y otro de frijoles.



Distribuimos los víveres y yo marché a mi casa.

Creía que Sor María había llamado a mi papá para pedirle esa ayuda, pero cuando llegué a casa, pregunté y él me contestó: "Ella no me ha dicho nada. Yo sabía de esa obra social que tiene Sor María y pensé que la mejor forma de ayudarle era mandándole arroz y frijoles. ".

Papá no sabía que era Dios mismo y María nuestra Madre, los que lo habían movido a enviar los víveres esa misma tarde.

Elizabeth Villaverde Pereira- Exalumna-

Quería más a mi mamá



Al regresar de Italia (en el año 1969, mes de diciembre) me encontré con Sor María en la Casa de María Auxiliadora, O.S. Al verme llegar me tendió los brazos cariñosamente.

Emocionada me acerqué a ella y riéndose, exclamó: "Yo a quien quiero mucho, muchísimo, es a su mamá"

En esos años mi mamá le ofrecía alegremente a Sor María, todos los días, muchas horas de trabajo en la Casa de la Virgen prestándole toda clase de servicios.

Sor Ana Isabel Campos Zumbado - FMA



Nunca estuvo sola



Poco antes de su muerte, hace unos dos años, visité a la Niña Elsa Orozco, quien por muchos años fue mi profesora de Inglés, en el Colegio María Auxiliadora de San José. Estaba postrada en una silla de ruedas desde hacía mucho tiempo, debido a una larga y penosa enfermedad. La encontré, como siempre, de buen ánimo, y me contó que gracias a Dios tenía una excelente empleada que la acompañaba y la cuidaba muy bien. Después me contó lo siguiente sobre Sor María Romero, que estoy segura ella querría que se supiera:

Estando un día en el colegio, la llamó la empleada para decirle que se iba ese mismo día de su casa. Ella recurrió a Sor María, y le pidió que rezara para que encontrara otra buena empleada. Sor María le dijo que sabía muy bien cómo ella vivía sola y no podía quedarse sin alguien que la acompañara. Le prometió que iba a pedirle a la Virgen que nunca estuviera sola. Me dijo que ese mismo día una amiga la llamó para ofrecerle una empleada, y, cuando llegó a su casa por la tarde, ya la nueva empleada estaba esperando, para quedarse por muchos años.

También me dijo que, desde ese momento, nunca en toda su vida había pasado ni un solo día sin alguna empleada que la acompañara. El mismo día en que se iba una, llegaba otra, a veces, sin que ella misma supiera quien se la había mandado.

Flora Ruiz Solórzano – Exalumna.



Sor María se adelantó al Concilio.



¿Por qué? Porque confió plenamente en los laicos.

Finales de 1956. Aunque ya no estábamos en el colegio, en una de nuestras visitas nos llama y nos cuenta que en febrero habrá una misión en muchos pueblos de Guanacaste.

El sacerdote solo puede llegar por ocho días, por lo que necesita misioneras que le preparen la gente.

Nos fuimos a Liberia en el mes de febrero, Ana Isabel Mora y yo.

Se nos asignó el pueblo de Quebrada Grande, donde preparamos niños y adultos a recibir los Sacramentos.

Aprovechábamos todos los momentos del día; pues desde las 4 de la mañana tocábamos las campanas para llamar al Rosario de la Aurora y por la noche reuníamos a los adultos para explicar la doctrina. Durante el día visitábamos las casas del pueblo y llevábamos los cuadritos que Sor María nos dio, para entronizar a Jesús y a la Virgen María.

Sor María creyó en nosotras como mujeres y como laicas. Por eso se adelantó al Concilio.

Ana Cecilia Vargas – Exalumna



Todo se multiplicaba



Cuando, en el día de los Santos Inocentes, nosotras, ni santas ni inocentes, ayudábamos a repartir la ropa y los regalitos a los niños de 0 a 2 años y a las madres embarazadas, Sor Laura nos decía que no diéramos mucho porque podría faltar, pero Sor María imponiéndose nos decía: "Den lo que la gente necesita". Nosotras dábamos a más no poder. A veces las mujeres pasaban dos veces en la fila y recogían el doble. Y, después de la gran repartición, se recogían cajones de ropa para guardar. Nunca se terminaba la ropa. Esa fue una vivencia preciosa, porque nosotras sabíamos que ese era un "don" de Sor María.

Lo mismo en las reparticiones que hacíamos en los Oratorios; nunca nos faltó una galleta ni una melcocha, nadie se fue con hambre. Aquello era como la multiplicación de los panes. Santa e inocente, eran calificativos que encuadraban muy bien a Sor María.

Miriam Rojas – Exalumna.



¡Serás abogada!



Transcurría mi adolescencia en el Colegio "María Auxiliadora" con los colores de la ilusión y los sinsabores que genera el estudio, las notas, las tareas de las monjitas, el enojo de las maestras.

A esas edades, muy dentro de mí nació el deseo de ser artista, pero una gran artista. Dejo a su imaginación si pintora, escultora o virtuosa de la música. Y ese sueño era para mí la senda que me tenía el destino.

Sor María me llamaba la atención y me reprendía constantemente, y más de una vez me regañaba, porque no me le quedaba callada y siempre contestaba dándole mis razones. Hasta llegué a pensar que le gustaba fastidiarme con sus reprimendas; en una de nuestras "discusiones", Sor María con su mirada escrutadoramente dulce me dijo: "Vas a ser abogada"

Ni atención puse a sus palabras de entonces, y seguí yo viviendo entre las nubes de mis sueños de colegiala. Se me olvidó su predicción con el pasar del tiempo.

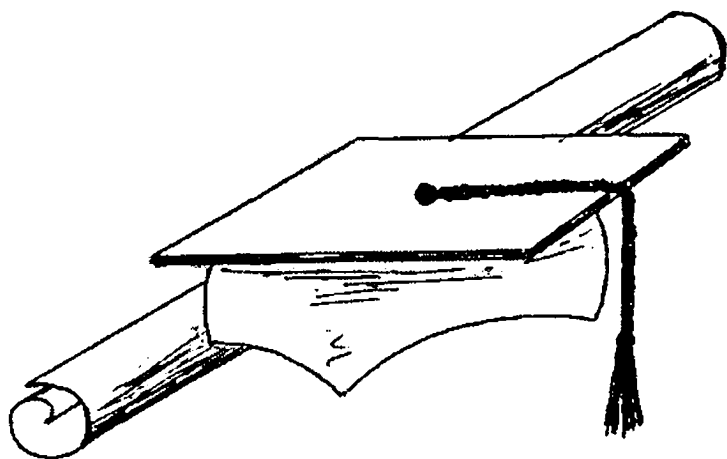
Fue hasta que obtuve mi título de abogada que vinieron a mi memoria sus palabras del colegio. ¡Como si fuera la lámpara de Aladino! Ella supo



mi destino, y hoy, a la distancia, ella en el azul
alegre del cielo y yo en los vericuetos de este
mundo, siguen unidos nuestros dos corazones que
un día se encontraron.

Sor María Romero, una dulce pero asombrosa
profetisa y yo la testigo de su profecía.
¡Qué suerte tuve al encontrarla en mi camino!

Violeta Pino Mora – Exalumna



Mi nota no subió.



Estando en el colegio María Auxiliadora, yo era buena en el estudio y en el coro, pero las pasaba negras en las clases de bordado y de dibujo.

Un día se me ocurrió pedirle a una compañera, que era la artista del grupo, que me hiciera un dibujo en mi cuaderno, con la finalidad de subir la nota.

He conservado este cuaderno por más de cincuenta años, y cada vez que lo hojeo, admiro la hermosísima rosa que me dibujó Miriam Hernández y el 10 que le puso Sor María, pero mi nota no subió. Sólo la ingenuidad adolescente pudo imaginar engañar a Sor María, y me sonrió con benevolencia de mis sencillos dibujos.

Ana Isabel Mora – Exalumna.

Todo se arregla con amor



Durante el Capítulo Inspectorial de 1974 estuve sentada a la par de Sor María en casi todas las sesiones. En los momentos de mayor discusión – tal vez discusiones teológicas o ideológicas de un post-concilio, ella sólo me repetía: "Todo eso se arregla con el amor"

Sor Elizabet Sánchez - FMA



Sor María me escondía



Fui alumna de Sor María Romero en el Colegio "María Auxiliadora" de San José donde las monjitas, por mi edad de entonces, me parecían ridículas. Contra ese sistema tan estricto del colegio, yo me rebelaba con travesuras y desobediencias.

Sor María sabía que a mí me gustaba mucho una canción que decía "Bianca piú che la luna" Cuando yo entraba en la capilla y ella tocaba, a mí me daban hasta ganas de bailar.

Yo subía al coro porque ella me llamaba, pero tenía una voz espantosa. Seguro desafinaba mucho, porque Sor Carmela alzaba la vista y me sacaba echadita del coro. Pero Sor María me escondía a la par de ella, casi debajo del hábito para que Sor Carmela no me viera y no me sacara.

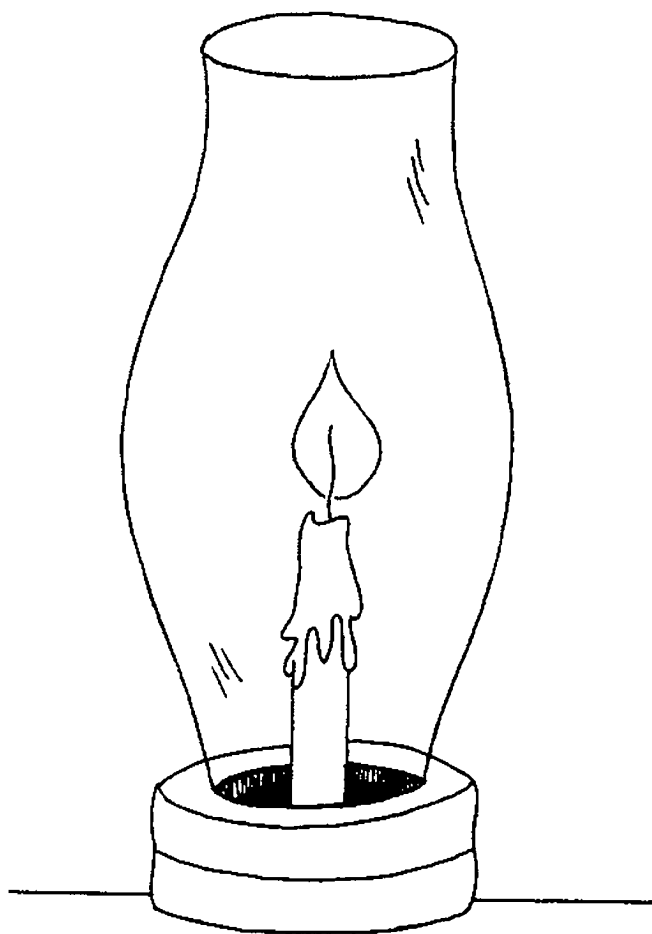
Pero lo más bello que recuerdo, es que con todo lo "demonio" que yo era, nunca se enojó conmigo y siempre tenía una sonrisa alegre y una mirada dulce para con todas nosotras.

Deseo que desde la eternidad nos lance esa mirada dulce.

Fue una lamparita que Dios nos prestó.

Jalila Tabash – Exalumna.





Se Transformaba



Sor María fue mi maestra de Música en el Colegio "María Auxiliadora.

Era el año mariano de 1958. Estábamos reunidas las alumnas en el auditorio del Colegio donde recibíamos clases de Música. Sor María, además de tocar el piano, cantaba y nos enseñaba a orar. Invocaba siempre a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, decía que eran nuestros Protectores.

Tengo muy clara su imagen en mi memoria – y, sobre todo, su carisma- Cuando empezaba los cánticos a la Virgen María, se transformaba; su mirada angelical, sus ojos negros y profundos, eran luminosos y proyectaban una gran paz. La recuerdo claramente, mirando la imagen de María Auxiliadora a su derecha, y ella tocando el piano y cantando con voz dulce : "Tienen tus ojos, Madre, tanta bondad – que al mirarlos me inundo de gozo, me inundo de paz.-Que tus ojos tan bellos María – son fuente de vida, de amor y de paz...."

Siempre la tendré presente en mi mente y en mi corazón.

Lic. Lidiana Rímolo Napolitano – Exalumna.



Sacó paños y limpiones



Me iba a casar en octubre y los asuntos económicos no andaban nada bien en mi casa. Como vivía frente al colegio, me resultaba fácil cruzar la calle y ya estaba allí.

Se me ocurrió ir a ver a Sor María en busca de consuelo, pues yo sabía que mi problema no se resolvería fácilmente, pero que ella me podía dar el apoyo moral que necesitaba

Crucé la calle (literalmente, porque en esos días se estaba construyendo el nuevo salón de actos y me metí por el boquete que había en la pared y por allí mismo salí) y busqué a Sor María en su cuartito. Allí estaba ella, que me recibió con el mismo cariño con que siempre recibía a todas las personas.

Le conté mis cuitas, se quedó pensativa un momento, y me dijo: "Ven, vamos a ver cómo te puedo ayudar" Se fue a sus armarios, sacó algunos paños, limpiones y otras cosas y me las dio. Eso no solucionaba mi problema en lo más mínimo, pero llegué a mi casa reconfortada y con más ánimo para enfrentar mis problemas.

Aunque han pasado ya cuarenta y cinco años, recuerdo a Sor María como si fuera hoy y la llevo en lo más profundo del corazón, por aquella muestra tan grande de cariño, que significó tanto para mí y que me ha acompañado todos estos años.

Irene Kruse de Esquivel – Exalumna.



En el Colegio María Auxiliadora



Me acuerdo de cada centímetro del Colegio "María Auxiliadora": sus corredores, sus aulas, la capilla, las pizarras, mis compañeras...¡Cómo añoro mis años de colegio!

Yo andaba siempre con Lidiette Macís, éramos compinches. Lidiette era el cerebro de las jugadas ingeniosas y astutas y yo su escolta. Pero tampoco me quedaba atrás en la instigación y algunas veces se invertían los papeles y le tocaba a ella seguirme en las trastadas que creaba mi alocada imaginación, para cambiar en distracción el fastidio de la rutina escolar: sus clases, sus horarios, la campana, los recreos y reglas propias del colegio que nos llenaban de aburrimiento. ¡Éramos yunta!

Cuando nos llegaba la hora de la clase de Música, Sor María se sentaba a intervalos a mi lado, para que yo no me portara mal con Lidiette, sin percatarse de que Lidiette estaba "ausente" de la lista que pasaba, pero presente en el aula realizando sus "hazañas". Como yo sabía todo esto, me convenía que Sor María estuviera más tiempo conmigo y que no se diera cuenta de las proezas de Lidiette.



Recuerdo también cuando en la capilla (en aquel entonces usábamos un velo negro uniforme) Lidiette y yo amarrábamos los velos entre sí de tres, cuatro, cinco compañeras de la banca de adelante, de manera que, cuando se hincaban o se paraban, todos los velos se caían. De esto se dio cuenta Sor María y con mucha dulzura nos dijo que teníamos que respetar el lugar donde estaba Jesús Sacramentado y la Madre Santísima.

Como seguíamos haciendo lo mismo, sin un solo regaño nos pasó a la primera banca de la iglesia.

Con una sonrisa linda y dulce nos ganó la partida.

Allí comprendí que Sor María era dueña de un espíritu de amplia comprensión y un ser muy especial y superior. Ella era sólo eso: amor y dulzura.

María Eugenia Montiel Flores – Exalumna



¡Pasticciona!



Fui alumna de Sor María por 11 años- Fue la hermana que más quise, por lo buena, dulce y caritativa, por su amor a los pobres.

Yo era muy inquieta, pero ella me aceptaba con dulzura angelical y disimulaba mis diabluras.

Era maestra de música y pintura, y, como jamás me reprendía, yo me portaba bien en su clase.

En clase de pintura nos invitaba a pintar una cortina de sagrario para regalar a las iglesias más pobres.

Yo tenía varios días de estar tratando de sacar la tarea, porque se acercaba el fin de año y me debía calificar. Ella, con mucha paciencia, me hacía indicaciones de cómo debía mezclar los colores y aplicarlos según el diseño.

Después de muchas indicaciones y con el trabajo terminado, me acerqué al escritorio y le mostré mi pintura. Ella se quedó mirándola muy triste y me dijo: "¡Pasticciona!" (en italiano, quiere decir, el que hace pequeñas tortas o pasteles). Luego la tomó y dijo: "Vamos a ver adonde la ponemos".

Estoy segura de que ella le dio algunos retoques antes de llevarla a una de las iglesias que favorecía

Muy a menudo hacía diabluras y era castigada, pero Sor María me abrazaba y me decía: "Esta es la chiquita más buena del mundo".

Virginia Guardia Carballo – Exalumna



Felicitación singular.



En los años 1973 – 1978 , ocupaba yo el cargo de Maestra de Novicias de las FMA, en la Inspectoría Centroamericana Santísimo Salvador.

Con motivo de la Fiesta de la Gratitude, Sor María me llamó por teléfono, temprano en la mañana, excusándose porque no podría estar presente en la fiesta de la tarde, a la que participaban las hermanas de todas las comunidades.

Y luego jocosamente agregó:

"Le ofrezco las oraciones y obras buenas del día... así como se hace por las Hermanas difuntas"

Sor Ana Isabel Campos Zumbado – FMA

Un Ave María



El día que fui admitida como postulante me animó con cariño a perseverar y, para conseguirlo, me dijo: "A la hora de la Elevación, reza un Ave María por la perseverancia". Gracias a esta Ave María llevo 44 años de ser Hija de María Auxiliadora, y espero perseverar hasta la muerte, porque todavía la rezo.

Sor Elizabeth Sánchez- FMA



La que chilla es usted



Sor María era la profesora de música. Con ella al piano, cantábamos las lindas canciones que nos enseñaba...Estaba yo en cuarto grado y nos preparábamos para un acto que debíamos presentar en una asamblea. Se trataba de simular que éramos una orquesta, con ademanes tocábamos los instrumentos musicales y cantábamos.

Yo estaba muy emocionada. Era la primera vez que iba a presentarme en un escenario y cantaba con toda mi voz, sin darme cuenta de que desentonaba. De pronto, ella deja el piano, se acerca al grupo con una mano en la oreja tratando de saber quien desentonaba. "Flora- me dijo en voz baja – la que chilla es usted"

Siempre recuerdo esto, y cuando voy al mausoleo, pido a Sor María se ponga la mano en la oreja para que me escuche bien.

Flora Jiménez Jiménez - Exalumna

¿Lo hiciste vos?



Cuando estaba en tercer año, en 1957, para las clases de pintura al óleo había que escoger entre pintar un cuadro o una cortinita para el Sagrario de alguna capilla pobre. Yo escogí lo primero



porque me pareció más fácil. Como en clase le daba pocas pinceladas al cuadro y muchas a las caras de mis compañeras- jugábamos a pintarnos – llegó el fin del año escolar sin que el trabajo estuviera terminado. ¿Cómo iba a hacer si tenía que exponerlo junto con los trabajos de mis compañeras en la biblioteca del Colegio?.

Recurrí a un primo hermano con mucha habilidad para la pintura, que en unas pocas horas terminó y hasta lo firmó con mi nombre.

Cuando me tocó el turno de ser calificada, Sor María, con voz fuerte, dijo: ¡Ocho!.

- Pero, Sor María – me quejé - ¡no ve qué lindo está!

- : ¿Lo hiciste vos? – dijo ella.-

- No, Sor María

- Entonces está muy bien el ocho.

Gilda Marta Herrera Sotillo – Exalumna

¡8!

La gente salía contenta con sus dos cuadritos



A principios de los años 50, cuando entré como alumna regular a la secundaria del colegio María Auxiliadora, de San José, Sor María fue mi profesora de Música y de Pintura. Por su bondad y cariño me compenetré con ella. Fuimos muy buenas amigas.

Pronto fui conociendo su obra grandiosa en beneficio de los pobres: los Oratorios, la Catequesis donde ella impulsaba la entronización del Corazón de Jesús y de María Auxiliadora en los hogares.

Para realizar esto, nos entregaba a las Voluntarias unas cajas de cartón que contenían estampitas en blanco y negro; cartones y vidrio del mismo tamaño, todo lo cual pegábamos con una cinta engomada que llamábamos "Paspartú". Por el lado de atrás pegábamos una prensita engomada ya lista, y quedaban los cuadritos terminados.

Luego venía la ceremonia de la bendición en las iglesitas de los pueblos que visitábamos. La gente salía contenta con sus dos cuadritos para colocarlos en sus hogares. Las que habíamos colaborado, nos sentíamos satisfechas y complacidas, por haber puesto nuestro granito de arena en alguno de los sectores en que Sor María realizaba su misión con tanto cariño, sacrificio y empeño.

Damaris Mora Chaves – Exalumna



¡Al fin le pagué!



Sor María compró un terreno en Salitrillos de Aserri, más bien apto para la agricultura, pero con una vista muy bella hacia San José.

En este terreno se construyó una casa para una familia muy necesitada.

Sor María contrató un señor para que le construyera la casa, supuestamente carpintero. ASAYNE le dio todo el material.

Cuando estuvo terminada, Sor María me dijo que la acompañara para recibir el trabajo.

Al llegar al lugar, nos quedamos pasmadas, porque aquello era un verdadero adefesio. Las paredes tenían rendijas de más de un centímetro; los marcos de puertas y ventanas totalmente torcidos; Las bases de la casa en troncos de café verde y no muy gruesas. Cuando entramos en la casa, el piso también tenía rendijas y, al caminar, todo traqueaba. Yo estaba decidida a no pagar aquella construcción, pero Sor María, con su bondad y dulzura, me decía: "...el pobre hombre se esmeró todo lo que pudo y empleó muchos días en hacer esto ..."

Yo le decía que le cancelara, pero hasta que corrigiera algunas de las más grandes chambonadas. Ella insistía en que era un hombre pobre y necesitado.

Terminé pagándole lo que Sor María me indicó.

Thelma Rodríguez de Gutiérrez – Exalumna



¡Cantás como una chicharra!



En clase de canto había que cantar, y yo lo hacía con más entusiasmo que habilidad, pues si la voz no me daba para cantar una nota, igual la cantaba en otro tono.

Como Sor María se dio cuenta, me dijo: "Mejor encárgate de ayudarme con la grabadora, porque cantás como una chicharra!".

Gilda Marta Herrera Sotillo - Exalumna

Los saludó amablemente



Siendo yo alumna de la Casa de la Virgen, en el año 1973, fuimos a paseo con las hermanas a Pacayas. Al llegar allí, Sor María Romero nos invitó a ir a Corralillos, según decía ella, a unos 25 minutos de camino.

Pero caminamos por casi una hora, y no llegamos. Cansadas y con sed, vimos una lechería y decidimos entrar a pedir un poco de agua, pues Sor María había decidido que nos devolviéramos.

Lo tremendo es que allí nos recibieron cuatro hombres que estaban ebrios, y nos respondieron con sarcasmo:



- Si quieren beber, vengan a tomar de esto con nosotros.

Ya en ese momento Sor María había llegado hasta donde estábamos nosotras, y, al escuchar esas palabras, se santiguó, saludó con bondad a los hombres, y nos hizo señas de retirarnos.

Llegamos con mucha sed a Pacayas, pero no nos sucedió nada desagradable. Al regreso bromeábamos sobre lo sucedido.

Patricia Mora Hernández –Exalumna (C. de la Virgen)

Un gran campo de apostolado



La última vez que Sor María visitó la ciudadela de Aserri me invitó a acompañarla. Se esmeró por llevarme a conocer todas las dependencias de la ciudadela: el mercadito, la cría de cerdos, las casitas...

Caminaba despacio, apoyada en un palo a modo de bastón. Me conversaba continuamente sobre estas casitas y las familias que las habitaban. Casi al final de la visita, que duró gran parte de la mañana, me dijo que me había invitado porque ese debía ser el campo de apostolado de nuestras formandas: novicias, postulantes y aspirantes.

Era ese el gran deseo de su corazón.

Sor Ana Isabel Campos -FMA



Las Mañanitas



Recuerdo que cuando Sor María empezó su obra, había una casita muy pequeña donde hoy está la Casa de la Virgen. Vivía con dos o tres monjitas y un par de perros.

Las Mañanitas las inició en el Colegio María Auxiliadora. Nosotras éramos las que cantábamos con Sor María. Después vino la cimarrona.

Posteriormente Sor María se trasladó a la que hoy es la Casa de la Virgen y Las Mañanitas siguieron con más fuerza y auge. Ha sido una enorme satisfacción, durante toda mi vida, saber que he estado en Las Mañanitas, desde el año en que comenzaron hasta la fecha.

Miriam Rojas -Exalumna



Gracias a Sor María aprendí a coser



Otra de las obras en que me involucré fue en la confección de vestiditos para niñas pequeñas y medianas, trajecitos que luego Sor María repartía como premio en sus Oratorios.

En los años 50, Sor María tenía un cuartito frente al patio de las intemas, en el Colegio María Auxiliadora de San José.

Allí guardaba todo lo que le llegaba en donaciones de personas de muy buen corazón.

Recuerdo que guardaba en rollitos los retazos de tela que primero había que unir y luego cortar para armar los vestidos. Ella nos daba las medidas de la niña que luego luciría con orgullo aquel vestido, hecho por nuestras manos novatas, y nos proporcionaba centímetro y tijeras. Por supuesto, primero se debía hacer el molde en papel periódico.

En una ocasión, a pesar de que puse todo mi empeño, en lugar de cortar la manga izquierda, corté dos mangas derechas. ¡Oh susto que me llevé cuando empecé a coser!

No tenía más tela para enmendar mi error. Rebusqué entre los retazos que mamá guardaba, pero no había nada parecido.

Salí entonces por las calles del barrio tocando puertas, a ver quien me podía ayudar.

Gracias a Dios pude solucionar mi problema

Gracias a Sor María y a sus vestiditos, aprendí a coser.

Damaris Mora Chaves. Ex-alumna



Yo tenía apenas nueve años



Era el año 1944. Yo tenía 9 años. Salía de mi casa - con permiso - y me iba al colegio a buscar a Sor María, pues ya había comenzado sus obras sociales.

En la esquina suroeste del colegio había un aposento contiguo al salón de recibo y al dormitorio de las internas. Yo me iba y ella me llevaba allí para que le ayudara en lo que necesitaba, y siempre se mostraba feliz.

Sor María reflejaba la santidad, la entrega y el amor en todas sus formas. El cuarto estaba lleno de ropa de niño para todas las edades.

Yo le ayudaba a cortar, con un molde que ella colocaba sobre la tela. Había allí una gran mesa para esos efectos. Hacíamos grupitos en rollitos, para llevarlos a las señoras que le ayudaban a coserlos.

Yo, como era tan chiquita, solamente distribuía en la cuadra donde vivíamos, es decir, en la manzana norte, contigua al Colegio.

Enriqueta Carazo Odio - Exalumna.



No se te van a meter los ladrones.



Flota un misterio que quiero comentar. Éramos familia.

Cuando quisimos hacer nuestra casa mi esposo estaba "quitadito" porque decía que no podía echarse una jarana. Busco a Sor María y le cuento el problema. Ella me dice: "No tengas miedo, guíalo y Dios te lo va a dar". De verdad fue así. Sin pedirla siquiera, nos llegó a la casa una solicitud de préstamo. La llenamos, yo se la puse en el portal a la Sagrada Familia, porque eso fue en diciembre y todo salió bien.

Cuando yo le conté a Sor María, ella me dijo cómo iba a ser mi casa.

Pero se nos terminó el dinero, por lo que mi esposo me dijo: "Ponga ahora a la venta la construcción". Corrí entonces donde Sor María, que me animó a que solicitáramos más dinero.

Mi esposo fue al Banco y pidió una extensión del préstamo. Se la dieron por el dinero exacto que necesitábamos, que eran treinta y cinco mil colones.

Cuando estábamos en plena construcción, Sor María me dio una reliquia y me dijo:

"Toma, así no se te van a meter nunca los ladrones."



El constructor era un hombre evangélico, que, a mi pedido, hizo un pequeño nicho. Al finalizarlo me dijo: “Ya está la bóveda para su Fe”.

Ya la casa no es nuestra, la vendimos, y la señora que la compró dice que nunca se le han metido los ladrones.

Miriam Rojas - Exalumna

Seguí ayudándole en todo



Como yo molestaba tanto en el colegio y hablaba tanto, las hermanas se ponían impacientes, menos Sor María. Ella y Sor Virginia Valverde eran las únicas que me tenían paciencia. Yo las amaba, porque eran buenas y comprensivas conmigo. Me mandaban a hacer mandados dentro del mismo colegio pues así botaba un poco de energía, ayudando.

Sor María era mi profesora de Dibujo y de Música, como éstas eran mis especialidades, siempre seguí ayudándole en todo.

Si había que hacer un dibujo: “¡Queta!”. Y si había que cantar, también. Cuando salí del colegio y me casé, seguí visitándola y ayudándole y ella también a mí.

Enriqueta Carazo Odio -Exalumna



Solfear era monótono



Como alumna del colegio “María Auxiliadora” recuerdo que las clases de Música de Sor María aburrían a algunas, quizás por no tener inclinación a la música, y porque el aprender solfeo era algo monótono para nuestra juvenil edad.

Teníamos que agenciarnoslas para ver cómo salíamos bien. Ella se había dado cuenta de que, en la hoja de solfeo apuntábamos el nombre de las notas, y por eso, antes de leer el pentagrama, nos revisaba cuidadosamente el cuaderno en que daríamos nuestra lección de solfeo.

Un día se nos ocurrió a un grupo de compañeras que, si decíamos que alguna estaba ausente, esa podría muy bien “soplarnos” el nombre de las notas. ¿Quién mejor que mi persona para realizar este plan? Para mis compañeras yo encarnaba la fogocidad y la valentía para planear y llevar adelante travesuras muy propias de nuestra época.

Llegó Sor María a la clase, pasó lista y, al decir mi nombre, un grupo de compañeras le respondió: “¡Ausente!”. Yo me tiré al suelo, y, cuando ella le pedía alguna de las que estaban cerca de mí que solfeara una parte, yo le iba diciendo nota por nota, de las que tenía bien apuntadas en mi cuaderno.



Al finalizar la lección, varias compañeras se acercaban a Sor María, para cubrirme y que pudiera salir de la clase.

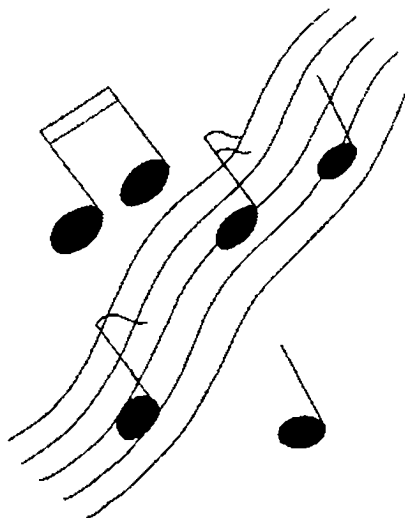
Esta travesura la continuamos haciendo durante mucho tiempo, con una u otra compañera, y estoy segura de que Sor María nunca se dio cuenta de esto, aunque si le sorprendieron las buenas notas que comenzamos a sacar.

A ella no le pasaba por la mente, en su bondad, que pudiéramos hacerle una trastada como esa.

Hoy le agradecemos por haber sido ejemplo de dulzura, por su capacidad de tolerancia y por su corazón lleno de amor y comprensión.

Gracias, Sor María, por haberme permitido ser su alumna.

Lidiette Macís Guerrero - Exalumna.



Un "diario" de alimentos



Siempre que una pena nos invadía, nuestro refugio fue Sor María. Estando ya casada, un día me comprometí con la Virgen a llevarle un "diario" para un pobre de la Casa de la Virgen.

Pasaron los años y yo no cumplía mi promesa, lo que siempre me inquietaba. Un día mi madre me dijo que podía morir sin haber cumplido lo prometido. Me fui por fin a Casa de la Virgen con una cajita que contenía: arroz, frijoles, fideos, azúcar, manteca, etc. y pacientemente esperé sentada en la banca para ser atendida por Sor María. Al fin llegó mi turno, salió un señor, saludé a Sor María y le dije: "Aquí estoy cumpliendo una promesa que hice hace varios años, traigo..." "Espera, espera", me dijo Sor María y salió a llamar al señor que acababa de atender. Entró nuevamente, tomó la cajita y se la entregó al hombre. Luego me explicó: "ese hombre no tenía que darle de comer a su familia hoy."

Sor María no había visto el contenido de la caja, no sabía que era un "diario", sin embargo, su preocupación por dar de comer al hambriento y con la fe que siempre la caracterizó, logró alimentar una vez más a una familia.

Y esto sigue sucediendo, sus manos permanecen entre nosotros, haciendo el bien a quienes lo necesitan.

Miriam Hernández Z. - Exalumna



¿Cómo no ayudar a los de casa!



Las hermanas guardaban la esperanza de que yo, alumna del Colegio María Auxiliadora, algún día me hiciera religiosa.

Esto hubiera sido posible si mi posición económica me lo hubiera permitido, pero procedía de un hogar humilde, y, en aquel tiempo, para ingresar al Convento se necesitaba dinero, pues había requisitos que había que cumplir, come el ajuar que se pedía.

A pesar de mi humildad, me parece estar viendo cuando Sor Maria llegaba al aula con un brazo lleno de vestidos cortados y amarrados con una tira, para que las alumnas que pudieran, se los llevaran a sus casas y los armaran; los debíamos devolver terminados, pues con ellos se premiaba a las que asistían los domingos al oratorio.

Yo siempre tomaba bastantes. Mi mamá debía entonces pagar a una costurera para terminarlos. Sin embargo, ahora doy gracias a Dios por haberlo hecho así y por el esfuerzo de mi madre... Salida del colegio, contraí matrimonio.

Un tiempo después fui a pedirle consejo y ayuda, porque surgieron algunos problemas con mi esposo.

Cuando le pedí ayuda, me contestó: “¿Si ayudo a los de afuera, como no voy a ayudar a los de casa!



Cuando nació mi hija tuve una enfermedad que los médicos creían yo no iba a superar.

Dentro de mi gravedad, yo imploraba a mi madre que me trajera a Sor María.

Ella fue a decírselo, y Sor María contestó: “dígle a Angelita que yo no puedo ir, pero que esté tranquila, que todo va a salir bien”. Fueron largos días de lucha entre la vida y la muerte, pero la seguridad de la fe de Sor María, mantuvo mi esperanza y la de mi familia.

Cuatro meses después yo salía del hospital.

Y de eso hace ya 30 años.

Angelita Soto Mora.- Exalumna



El ataque de asma



Estaba en primer año de Secundaria. Tenía como cinco días de tener asma, pero me enviaron al Colegio porque ya no podía perder más clases. Pasé muy mal la mañana, y como a las diez, me fui a "los tubitos" para ver si acaso me aliviaba un poco. Sor María se acercó y me dijo: "Qué te pasa?". "Ay, Sor María, tengo un tremendo ataque de asma, me estoy ahogando". Tomó agua de los tubitos y con los dedos índice y pulgar me hizo una cruz en la frente, otra en la boca y otra en el pecho, diciendo en cada una: "Jesús, Hostia Santa, María Auxiliadora", y de inmediato se me fue el ataque de asma. Y Sor María se fue tan rápido como el ataque, sin darme tiempo de darle las gracias.

Al día siguiente la busqué, y al darle las gracias me dijo, "A mí no, déselas al Señor que fue el que la curó".

Martha Eugenia Gutiérrez de Echeverría



Escogiendo telas y juguetes



Durante mis once años en el Colegio María Auxiliadora, pasaron cosas tan lindas, como la que relato a continuación.

Recuerdo los amplios y limpios corredores, que las Hijas de Casa se esmeraban en dejar como espejos y en donde reinaba el orden. Frente a ellos, absorta en la clase, de repente llegó un recado a la Maestra: "Que dice Sor María que le preste a Thelma, para salir con ella a hacer un mandado". Me dirigí con ella, -como otras veces- a la esquina de Chico Soto y allí tomamos el tranvía que nos dejó frente a Basigó y Alvarado, un almacén muy grande en la Avenida Central frente a la actual Librería Universal. Como era costumbre, de ese Almacén llamaban a Sor María para decirle que ya habían llegado las telas de algodón americano, que ella ocupaba para hacerle vestidos a los niños pobres.

Por supuesto que a ella le hacían un precio especial y pasábamos largo rato escogiendo las telas. De allí nos íbamos caminando a la otra cuadra a la Librería Lehmann, donde permanecíamos en el área de juguetería, escogiendo muñequitas, carritos, trastecitos. El rostro de Sor María resplandecía de alegría al ver tantos y tan variados juguetes, y me decía:



“¡Thelmita, vé que lindo éste!, y este otro!”

¡Sor María disfrutaba tanto en la escogencia de los juguetes. Dios me dio la oportunidad de ayudarle a ella en todo esto, y ahora que lo traigo a la memoria, lo disfruto muchísimo más!

Thelma Rodríguez Vargas - Exalumna

Angelitos quiere el cielo



Fue una situación penosa en que se nos presentó un caso muy doloroso. A un niño familiar mío, de apenas año y medio los médicos le diagnosticaron cáncer de la garganta.

Lógicamente tuvo toda la atención médica, y, por insinuación mía lo llevamos donde Sor María Romero, con la esperanza de que ella obtuviera de la Virgen, el milagro.

Recuerdo que Sor María lo vio, y con ternura maternal lo tomó entre sus brazos y dijo: "Angelitos quiere el Cielo, no le cortaremos las alas".

Esa frase todavía resuena en mis oídos. Hasta en los momentos de tristeza más profunda, ella tenía la frase dulce para anunciar que no había esperanza".

María Ermida Ulate - Exalumna



¡Por favor, no cante!



Yo era parte del coro de las que iban a cantar la Misa para la Canonización de Madre Mazzarello, y, como era pequeña de estatura, Sor María me colocó en la primera fila, muy cerca de ella, que era la que dirigía el coro.

Cuando empezamos a practicar, antes de que diera inicio la celebración, Sor María me pudo escuchar bien y notó que mi voz no era para el grupo en que estaba ubicada. Entonces se me acercó y me dijo muy bajito: "Nuria, usted sólo mueva los labios, pero, por favor, no cante.

Nuria Ugalde Murillo – Exalumna

¿Sólo candelas?



Estábamos en Primer Año. A mí no me gustaba el dibujo y no había hecho nada en todo el año.

Tenía que entregar el cuaderno de dibujo completo al día siguiente, cogí una regla de dos dedos de ancho, la puse en forma vertical en el cuaderno, rayaba de un lado y del otro e hice una candela; luego



hice grupos de varias candelas que adornaba con hojitas y ramitas. Así, todo el cuaderno. Se lo entregué a Sor María que lo revisó, y, con su dulzura característica me dijo: "¿Sólo candelas, María Eugenia? Yo le dije: "Sí, Sor María, sólo candelas."

Pues me pasó de año, y no con la nota mínima, sino con buena calificación.

María Eugenia Ugalde de Rodríguez- Exalumna

Oremos juntas



Mi hermana Cecilia vivía en una casa pequeña. Se publicó un día en el periódico que se remataría una quinta muy hermosa, colindante con el Colegio de Médicos, en Sabana Sur.

Entrar en el remate era para ella algo difícilísimo, pues había muchas personas más ricas que pretendían aquella propiedad.

El propio día del remate, Sor María, bien enterada del asunto, le dice. "Vente para acá a la hora exacta en que se rematará la casa, para que oremos juntas.

En efecto, Cecilia llegó a la Casa de la Virgen, Sor María abrió el Sagrario, y oraron largamente tomadas de la mano.

La gran sorpresa fue que aquella casa se la adjudicaron a mi papá por veinte mil colones de



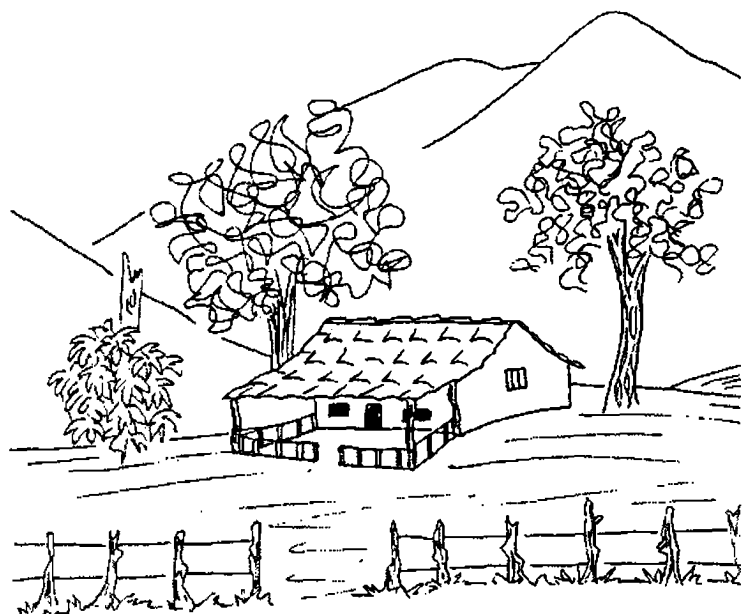
diferencia.

Y ni siquiera hubo problema con el inquilino, pues la desocupó inmediatamente.

Cecilia vivió en esa casa, rodeada de paz y felicidad, durante un año. Luego, voló al cielo.

Hoy día es propiedad del Colegio de médicos.

Flor de María Carro Mora - Exalumna



Con una gotita es suficiente



En el año 1963, vivía yo en Liberia, Guanacaste y viajaba poco a San José. Mi costumbre era regresarme a Liberia, con agua bendita de la que daba Sor María, para llevársela a mis hijos. En ese tiempo se entregaba el agua en botellas pequeñas. Uno tocaba la puerta, y una Hermana entregaba la botella con el precioso líquido que yo cuidaba con esmero para que en el camino no se me quedara.

En una de esas visitas me entregaron una botella muy pequeña, a pesar de que yo llevaba tres envases para recoger el agua. Rogué entonces que me dieran más, y como no querían pedí ver a Sor María.

Ella me recibió inmediatamente, me miró cariñosa como era siempre, y le expliqué lo que acabo de narrar. Entonces, con su expresión afable, ella me dijo: "¡Ay, hija, para la Fe con una gotita es suficiente!. Nos despedimos con mucho afecto y en ese momento sentí que estaba con una mujer superior, una persona tan elevada, que me encumbraría a mí también. Cuando salí me sentí tan crecida en la Fe, que estaba plenamente segura de lo que ella me dijo. ¡Con qué satisfacción y orgullo hoy proclamo, "Fui alumna de Sor María Romero!.

María Ermida Ulate – Exalumna



Fui oratoriana



Fui Oratoriana en Lourdes de Montes de Oca. Sor María me ayudó a realizar mis estudios en la Escuela María Auxiliadora y yo continuaba ayudándole con las clases de Catecismo.

Cuando sentí la llamada del Señor, entré a hacerme Religiosa sin comunicárselo a Sor María, por una de esas distracciones involuntarias.

Pasaron los años y el día de mi profesión, cuando fui a saludar a Sor María, la noté un poco seria conmigo. Cuando volví a Costa Rica después de muchos años de ausencia, Sor María me llamó y me dijo que la perdonara, pues ella había sentido que yo no le comunicara mi vocación. Así era ella, toda humildad y sinceridad profunda.

Sor Clementina Lizano - FMA



El nombre del Ángel de la Guarda



Era la lección de música, que invariablemente se iniciaba con una invocación a Jesús y a María y unas palabritas reconfortantes que siempre evangelizaron.

Fue a finales del mes de setiembre cuando Sor María nos habló del Ángel Custodio. En nuestra insaciable curiosidad de adolescentes, nos preguntábamos por su sexo, si tendría nombre, ¿cuál sería?, solo conocíamos su labor, responsabilidad y deberes y los nuestros hacia él. Pero, Sor María nos dio el secreto para conocer su nombre:

- Comulgar tres días seguidos antes de la festividad del Ángel Custodio, el 2 de octubre.
- Pedirle a Dios conocer su nombre y el propio día de la celebración, después de la Comunión, el nombre llegaría a nosotras como “un copito de nieve”, como “una bolita de algodón”, que no se espera.
- Conociendo su nombre y su significado, debíamos practicar esa virtud, obra de misericordia, don, o como se llamara, por el resto de nuestra vida.

A mi me sucedió. Conocí el nombre de mi Ángel Custodio.



Terminada la Misa, corrí donde Sor María y le conté lo sucedido y me dijo: “No me digas su nombre, solo cumple su significado siempre y esto ayudará a que vayas al Cielo.

Guardo en mi corazón su nombre y sobre todo el recuerdo de cómo, para qué y por quién lo supe. ¡Bendita seas Sor María porque aprovechaste todo momento para indicarnos como salvar nuestras almas!

Miriam Hernández Z. - Exalumna

La cortinita del Sagrario



En las clases de pintura, Sor María nos dio un pedacito de tela para que pintáramos una cortinita para el Sagrario de alguna iglesia pobre. Yo me esmeré por pintar una bien bonita porque me creía muy artista, pero al verla terminada, Sor María trató de ayudarme haciéndole algunos retoques. Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, al final ella me dijo que mejor me llevara la cortinita para la casa y que la guardara, porque no le parecía que podía usarse en ningún Sagrario. Después de cincuenta años, aún conservo la cortinita y la aprecio mucho, porque lleva impresa la mano de Sor María. Ha viajado conmigo por los Estados Unidos y por todos los sitios donde he vivido desde que salí del Colegio.

Nuria Ugalde Murillo - Exalumna.



No nos llevamos ni una pulga.



Éramos alumnas del Colegio María Auxiliadora. Una mañana en que fuimos con Sor María al barrio Corazón de Jesús a dar Catequesis, después de la clase, los juegos y la repartición de melcochitas, se nos avisó de una señora muy pobre que yacía en cama, en una casuchita cercana.

La gente nos advirtió que la casa estaba llena de pulgas.

Sor María quiso ir a visitarla; al llegar nos dijo: "Pasen, pasen que no les va a pasar nada" Yo me pregunté que querría decirnos con esta expresión, pero entré confiada.

Aquella pobre mujer sola, estaba tirada en un jergón en la más grande de las suciedades y miserias. Pero lo más alarmante era la cantidad de pulgas que brincaban en la cama, en el piso, en todas partes. ¡Algo que jamás he vuelto a ver! Nos acercamos a la cama. Conversamos y Sor María la proveyó de alguna ayuda.

Al salir, por el camino, pudimos constatar que ni una pulga se nos había pegado. Yo lo atribuyo a las "componendas" de Sor María con su Reina del cielo.

Ma. Eugenia Aguiar T. — Exalumna.



No olvidaré nunca su imagen



Sor María fue mi Profesora en la Casa de la Virgen.

Recuerdo que en las clases de Música, cuando entonaba cantos a Jesús y a María, su rostro se transfiguraba. Yo esto lo notaba con frecuencia

También recuerdo que todas las mañanas nos hablaba parada sobre una pequeña tarima. Sus consejos y ejemplos no los olvidaré nunca.

No olvidaré tampoco la imagen de aquella santita viva, rodeada de cajas con arroz, frijoles, café y otros víveres.

Muchas mujeres pobres recibían de sus manos un "diario", al tiempo que les regalaba también su sonrisa y su bendición, acompañada siempre de consejos y exhortaciones.

Muchas veces había poco en las cajas y la fila era muy larga, pero nadie se iba sin su diario. De seguro Sor María le pedía al Señor, y Él le multiplicaba las cosas.

Además, a nosotras, las de la Escuela Social, nos ayudaba con los pases del bus y con el material que necesitábamos para las clases.

Yo aprendí Repostería y Corte y Confección. Ambas cosas me han ayudado mucho a través de mi vida.

Patricia Mora Hernández -Exalumna Casa de la Virgen



El dinero llegó en el momento oportuno



Yo ayudaba a Sor María en el Oratorio de Hatillo. Cierta vez, en el mes de diciembre, fui a San José, al Colegio "Maria Auxiliadora" para la premiación. Llegamos a la plaza situada frente al colegio, y pasaba el tiempo sin que llamaran a ningún niño. Yo, un poco impaciente, fui al Colegio a ver que pasaba. Resulta que había muchos juguetes, pero la ropa se había terminado.

Sor María hizo el pedido al almacén de donde se la enviaban, pero en ese momento no tenía el dinero para pagar el pedido. En eso llaman por teléfono diciendo que el costo era de una considerable cantidad que ahora no recuerdo: que enviaban la factura para ser cancelada. Sor María, tranquila, esperaba. De pronto tocan el timbre y una muchacha conduce hasta Sor María a una elegante señora que le entrega un sobre y le dice: "Tome, para sus niños." Abre Sor María el sobre, y contenía exactamente el monto de la factura que le trajeron momentos después.

Sor Vitalina Vargas . F.M.A.



Será su consuelo en sus últimos días



Estando en Andes, Colombia, en el año 1963, los médicos me practicaron una operación muy delicada, y, como en Medellín todavía no estaba adelantada la medicina, ellos recomendaron a la Madre Inspectora me enviara a Bogotá para una serie de irradiaciones. La Madre avisó este delicado asunto a mi mamá, quien se fue inmediatamente a donde Sor María Romero.

Contaba mi madre que estaba haciendo fila para conversar con Sor María, cuando ella pasó y, al verla llorando, se detuvo y la escuchó. Luego le puso las manes sobre los hombros y le dijo:

"Doña Vicenta, recemos tres Avemarías por la salud de Sor Flora". Terminada la oración, le dice. "Quédese tranquila, tranquila. Sor Flora no se va a morir; usted la verá muchas veces por acá y será su consuelo en sus últimos días".

Esta profecía se cumplió entre los años 1979 y 1994, en que permanecí a su lado hasta que ella voló al cielo.

Sor Flora Abarca J - FMA



Usted tocará la Misa de mis funerales



Siendo yo aspirante a la vida religiosa, Sor María, con una puntualidad asombrosa, llegaba semanalmente a darnos la clase de Música.

Cuando aprendí un poquito, me dieron por Obediencia, tocar en las funciones religiosas. Ella, con esa caridad exquisita que la caracterizó, llegaba a ayudarme por largo tiempo, hasta que me sentí más segura en el armonio.

Una vez me dijo estas palabras: "Sor María de Lourdes, Usted tocará la misa de mis funerales, y va a tocar el canto titulado "Un día yo iré". Pasaron los años y yo me olvidé totalmente de este hecho.

En 1977 estaba yo trabajando en El Salvador y me debía trasladar a Costa Rica. En Julio de ese año me entró un desasosiego y un deseo inmenso de ver a mi mamá, anciana y enferma. Nadie creía que me dieran el permiso, pues hacía poco tiempo había pasado por Nicaragua. Hablé con la Madre Inspectora y me concedió salir de Costa Rica el día 7 de Julio.

Al llegar allá, ya Sor María había muerto, pero yo ni siquiera sabía que ella estaba en Nicaragua. Lo curioso es que, a pesar de que mi familia vivía



en Managua, yo pedí a mi hermana que me llevara a mamá a Granada, donde me hospedé.

Cuando escuché la noticia del fallecimiento de Sor María, recordé sus palabras. Sor María sería trasladada de León a Granada esa misma noche. Con todo, yo me decía: "aquí hay una maestra de música que de seguro tocará la Misa", pero a eso de las 9 de la noche, me llama Sor Leonor Delgada, Vicaria Provincial, para pedirme que toque la Misa de cuerpo presente en la mañana del día 8. Ensayamos rápidamente con los asistentes y luego cantamos el canto que tanta agradaba a Sor María "Un día yo iré al Cielo, Patria Mía...".

La profecía se cumplió al pie de la letra. La llegada del cuerpo a Costa Rica, un día después, fue una apoteosis de Fe y de amor de parte del pueblo.

Sor María de Lourdes Arguello – FMA



Sor María intercedió ante su Reina



En 1979, debí venirme a Costa Rica para cuidar de mi madre anciana y enferma, que vivía con una hermana mia en el Zapote y me quedaba muy lejos el Colegio María Auxiliadora de San José donde yo daba algunas horas de clase por la mañana. Rogué de corazón a Sor María y tuve la inmensa alegría de que me cedieran una casita contiguo a la Casa de la Virgen, que Sor María había comprado a un sobrino de las dueñas anteriores.

Pero tres años después las Hermanas decidieron ampliar la obra y yo, carente de recursos, no hallaba que hacer. Mamá me sugirió que comprara todos los sábados un pedacito de lotería en 24. Ella misma, en un papel dibujó una casita y escribió la petición: "Virgencita, dame la casita con el número 24".

Me fui con Sor Elena Ocampo a buscar una casita en un barrio pobre. Me encontré, a don Efraín Xirinach, quien me indicó que el Sr. Eduardo Soto vendía una casa a unos trescientos metros del Colegio. Confiando en Sor María y en su Reina, me entrevisté con él. Vendía la casa en cuatrocientos mil colones, a pesar de ser un barrio residencial y me dijo que me la dejaría en



trescientos mil. Le consulté el caso a mi hermano Oscar, que tenía algunas posibilidades económicas y le pareció “regalada”. Se firmó el contrato y viví por muchos años con Mamá en esta casa, hecha nueva en el mismo terreno.

Pero lo más grande fue que, cuando el ingeniero me entregó la placa con el número de la casa, con admiración vi que el número “24” estaba en el centro, aunque no recuerdo los números laterales. Pudimos trasladarnos a ella el día 7 de julio, aniversario de la muerte de Sor María. Estoy segura de que Sor María intercedió ante su Reina para proporcionarnos la casa, en la que habitamos durante nueve años.

Sor Flora Abarca J. - FMA

La Tortuguila



Cuando trabajaba como Hija de Casa con Sor María y Sor Laura, en los inicios de la Casa de la Virgen, salía con frecuencia a hacer mandados en San José. Un día encontré una tortuguila de mediano tamaño en un parque. Se la llevé a Sor María porque, ¡le gustaban tanto los animales! A Sor María le alegró mucho ver la tortuguila, pero me dijo: “Tome este dinero para los pases y se va de nuevo hasta el Parque Morazán a poner esta tortuguila donde la encontré”. Alguien la llevó expresamente para que estuviera en ese lugar; fui y con pesar la devolví.

A la mañana siguiente, apenas amaneciendo, estaba yo limpiando un corredor cuando ¡oh sorpresa lo que veo! Llamé a Sor María que iba saliendo para Misa, muy tapada por el frío mañanero y le dije: “¡Vea, Sor María vea!” Venía lentamente por el corredor una tortuga grande y detrás una tortuguila del tamaño de la que yo había devuelto el día anterior. Madre e hija, pensé yo. Sor María entonces exclamó, “¡Bendito mi Rey!”

Nos mandó llevarlas al patio de atrás y cuidar de su alimento. Cuando ella llegaba a ese patio con boronitas de pan en las manos, docenas de viuditas --pajaritos azules-- se posaban en los hombros y en las manos de Sor María y comían las boronitas.

Bienvenida Calvo Brenes



¡La alegría sana no es mala!



Yo estuve varios años como Hija de Casa en el Colegio María Auxiliadora en San José. Llegué muy jovencita y conviví con las Hermanas hasta los veinte años. Yo era muy charlatana y bromista. Un día, con otras muchachas, estaba ayudando a empacar comestible para la Misión, que Sor María organizaba cada año en el mes de febrero. Estabamos en gran jolgorio cuando Sor María llegó y nos llamó al orden diciéndonos que “así no se podía hacer bien el trabajo”. En ese preciso momento, yo estaba mostrando a las demás mis habilidades para producir ruidos “musicales” con mi nariz.

A raíz de este episodio, Sor María me consiguió una dulzaina y me dijo que me enseñaría a tocarla. Llegué a hacerlo tan bien, que en la cena y otras celebraciones para el Día de la Hermana Directora, que preparaban las internas, yo era la encargada de amenizar con mi dulzaina. Sor María siempre decía: “La alegría sana no es mala”.

Zeneida Calvo Brenes*



*** Nota:** Zeneida y Bienvenida son hermanas, viven en el lugar llamado Oratorio, camino a Pacayas. En los años de su adolescencia vivieron como Hijas de Casa en el Colegio María Auxiliadora. Las dos hermanas Calvo convivieron con Sor María por largos años y el relato de hechos que ellas hacen es de tal magnitud, que ameritaría una grabación solo para sus narraciones.

Zeneida participó seis años en las misiones de febrero. Estuvo en Cuajiniquil, Santa Rita, Bocas de Nosara, Zapote, Nicoya y San Pablo. Recuerda perfectamente los nombres de los numerosos sacerdotes que colaboraron con San María en la importante obra de la Misión anual.

Empezaron como Hijas de Casa en el Colegio y se fueron convirtiendo en personas de confianza de las Hermanas. Empezaron por la lavandería, que era oficio duro, pasaron por la Sacristía, la portería, la cocina y finalmente hacer mandados de confianza.

Bienvenida se fue a trabajar para Sor María y Sor Laura en las primicias de la Casa de la Virgen, junto con otra Hija de Casa, llamada Yolanda, quien unos años después también se convirtió en Hija de María Auxiliadora, con la ayuda de Sor María. Bienvenida permaneció en la Casa de la Virgen durante seis años, hasta que formó su propia familia.

Zeneida tendrá el privilegio de viajar a Roma para la Beatificación de Sor María. Bienvenida desde hace varios años cuida de su esposo inválido.



¡Viva Jesús!, ¡Viva María!



Siendo yo "Hija de Casa" en el colegio "María Auxiliadora", cierta vez le pregunté a Sor María: "¿Por qué cuando la saludamos diciendo "Viva Jesús", contesta "Viva María" cuando ya se ha alejado de nosotras? Ella sencillamente me contestó: "Es que siempre voy meditando los misterios del Rosario, y no me gusta hablar con nadie antes de haber terminado cada misterio".

Soledad Reyes Jiménez – Palmares.

Nace una niña



Tuve la inmensa dicha de conocer a Sor María Romero durante la inauguración del noviciado en Granadilla.

Fue a finales del año 1965 cuando yo estaba embarazada de 5 meses.

Una amiga y vecina muy querida, doña Victoria Gallegos de Johanning, me acompañó junto con mi hijita mayor Marcela.

A esa celebración concurrieron Sacerdotes, Obispos y el Arzobispo de San José, además de algunas personalidades del gobierno.



Cuando terminaron las ceremonias y los discursos, Sor María pasó saludando a los asistentes. Muchas personas le entregaban donativos para sus obras, que ella recogía en un platoncito. Doña Victoria me aconsejó que le pidiera a Sor María al tenerla cerca de mí, la gracia de pedirle a María Auxiliadora que mi embarazo fuera el de otra hijita mujer ya que después de la hija mayor tuve 4 hijos varones y ella necesitaba una compañera mujer para compartir y apoyarse en la vida.

Sor María finalmente llegó donde estábamos nosotras. Me atreví a pedirle que me ayudara para que mi deseo fuera realidad. Ella muy sonriente se aproximó e hizo la señal de la Cruz en mi estómago y me dijo: “Usted tendrá una chiquita”. Muy emocionada yo olvidé que el sexo de un bebé se define mucho antes. Sin embargo como en ese entonces no existían ultrasonidos, yo dí rienda suelta a mis fantasías.

Como yo quería darle un donativo y había olvidado mi cartera, doña Victoria me prestó todo el dinero que ella llevaba.

Por cierto, que mi marido al hacer el cheque para devolver lo prestado le puso en el talonario: “Cambio de sexo”.

Creo que Sor María y María Auxiliadora me hicieron el regalo más especial que podría yo desear al nacer en enero de 1966 mi hija número 6.

Aida Gurdían



Gesto de Amor



Estuve enferma, con una depresión nerviosa, por unos seis meses. Llegado el día de María Auxiliadora, quise ir a visitar a mi Reina y agradecerle el que me sentía un tanto restablecida.

Cuando llegué a la Casa de la Virgen, la iglesia estaba totalmente llena. Yo no me sentía todavía curada del todo, y me pareció que no soportaría permanecer de pie durante toda la Eucaristía.

¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando vi a Sor María venir, desde el Altar Mayor, y buscarme un lugar! Ella desconocía mi situación, y la iglesia estaba llena de gente. No era posible que, de lejos, me reconociera.

Nunca olvidaré este gesto de amor de Sor María.

Adilia Varela Rojas de Flores



Donde hay voluntad, nada cuesta

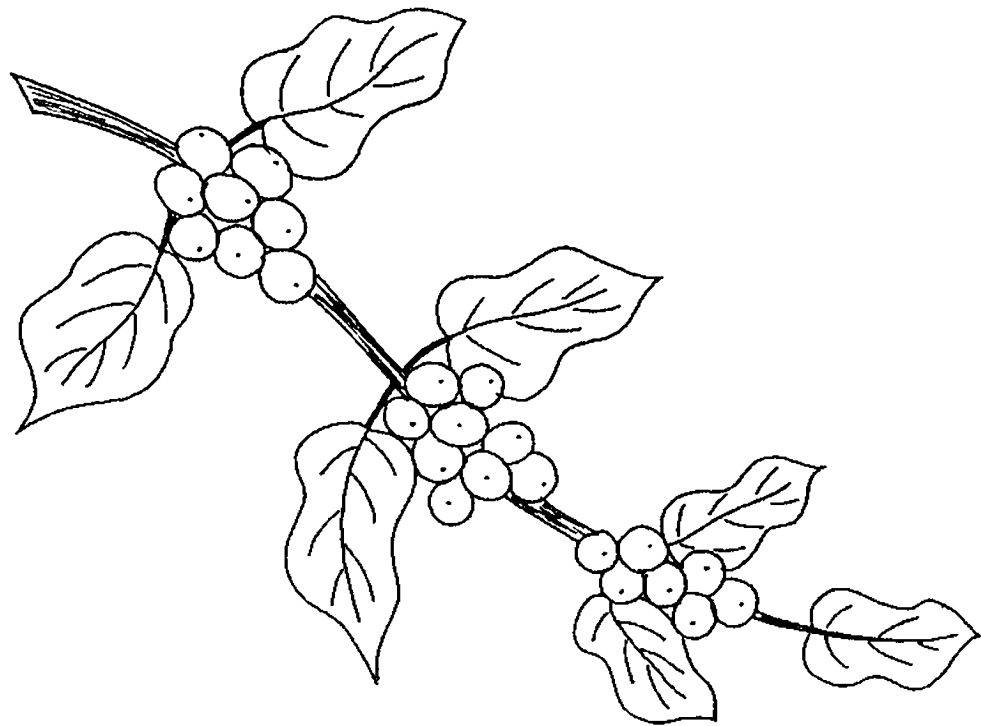


En una ocasión, cuando yo trabajaba como Hija de Casa en el Colegio "María Auxiliadora" de San José, Sor María me pidió que le ayudara a lavar unas cajitas para regalarlas a los niños del oratorio. Yo creí que eran pocas, pero se llenó una tina. "Sor María, son muchas", le dije. Y ella, riendo, me contestó: "Donde hay voluntad, nada cuesta". En las cajitas pensaba meter un pequeño rosario. A mí me regaló una, que conservo como recuerdo.

Yo le ayudaba a sor Emilce Moreno en la cocina, y una vez me dijo Sor María que la acompañara a llevarles café a unos peones que trabajaban en el cafetal, muy cerca del colegio. Cuando llegamos ella me dijo: "Tengo la fe de que aquí algún día aquí habrá una casa grande, donde se pueda acoger a los pobres" Actualmente está allí la Casa de obras Sociales.

Soledad Rojas Jiménez





Sentí una fuerza extraña que me impulsaba



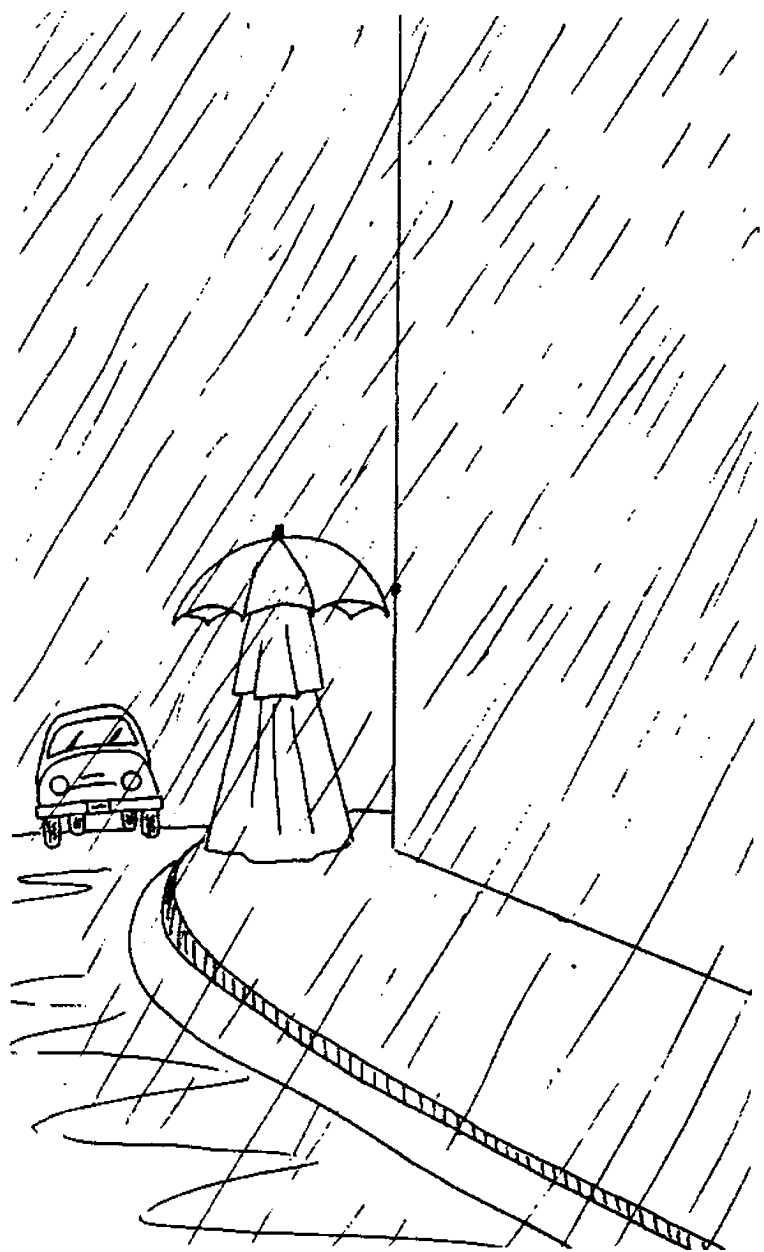
Era una tarde fría y lluviosa del mes de agosto. Normalmente yo manejaba mi carrito para ir a Misa de 5 en la Casa de la Virgen. Mi esposo quería que yo no fuera, pero yo sentía en mí una fuerza extraña que me impulsaba a irme a pesar de la lluvia. Era tan fuerte el aguacero, que él juzgó mejor venir manejando y llevarme a la misa.

En efecto, el viaje resultó difícil, de Escazú a San José, pero al fin llegamos. Al llegar a la esquina vimos un bulto negro que nos hacía señas. Extrañados, disminuimos la velocidad, y vimos que era Sor María. Ella, al vernos, exclamó: "La Virgen escuchó mis ruegos, pues no he dejado de invocarla". Nos explicó que todos los taxis pasaban llenos y no encontraba quien le llevara a una señora que había estado trabajando y había sudado mucho por ayudar en la cocina. A mí me dijo: "Vos te bajás y entrás y él que la lleve a Barrio México para dejarla a ella en su casa". Le obedecimos en el acto.

La señora era Doña Miriam Aguilar Vargas, que se sentía como una protegida de la Virgen y de Sor María. Y nosotros también.

Isabel Jimenez de Aubert





La Virgen no me deja



Fuimos mi jardinero y yo a la Casa de la Virgen y preguntamos por Sor María. Era una de esas mañanas nubladas y frías en que el sol se ha escondido detrás de las inquietas nubes.

Mi tía en ese tiempo cultivaba rosas y me regalaba algunas para Sor María. Yo iba entonces con él y le dejábamos sembrados los rosales.

Sor María nos recibió con la amabilidad característica en ella. Su rostro reflejaba la habitual serenidad de las almas que se abandonan confiadas en el Señor.

Mientras el jardinero terminaba de sembrar unas rosas que le habíamos llevado, Sor María me dijo:

“Mirá Diana, me van a echar a un montón de familias de sus casas porque no tengo dinero para pagarles el alquiler”. (Sor María, en ese tiempo, pagaba el alquiler a muchas familias pobres).

Yo escuchaba asombrada, porque la tranquilidad de su mirada desmentía, en cierto modo, la inminente situación que sus palabras retrataban.

Pero no tuve tiempo ni de indagar cómo podríamos ayudarla.

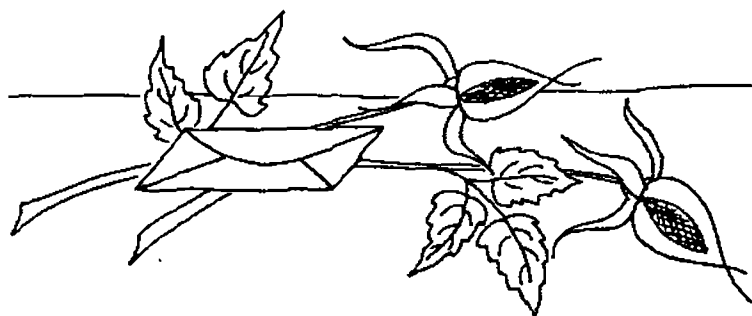


Mientras conversábamos tocaron el timbre y Sor Maria dijo: “Ya ve que la Virgen no me deja”.

En efecto, era un hombre con claro acento nicaragüense, que traía un sobre. Se lo entregó a Sor María con un breve saludo.

Era exactamente lo necesario para pagar el alquiler.

Diana Esquivel González



El niño nacerá sano



Mi primer niño murió a los 5 días de nacido. Exámenes médicos diagnosticaron en mi toxoplasmosis. Y lo peor, cuando el diagnóstico llegó, yo estaba ya nuevamente embarazada. Médicos y enfermeras me decían que debían practicarme un aborto.

Llegué con gran esperanza donde Sor María, que me dijo: “No aborte. El niño nacerá sano. Se llamará Mario de Jesús, porque es hijo de la Virgen” Y me dijo que rezara las prácticas indicadas en “Los Quince Sábados”, una devoción a María, muy propagada por Sor María. Pasé ocho meses yendo a comulgar todos los sábados, como lo indica esta práctica.

El 24 de mayo llegué a la Casa de Sor María y me preguntó la fecha del parto. Yo le dije: “Será Dios mediante, el 17 de junio”. Ella me contestó: “No es posible. Mario de Jesús nacerá en el mes de la Virgen porque a Ella se lo hemos ofrecido”. Efectivamente, el niño nació el 31 de mayo.

A los 40 días, cuando lo llevé adonde Sor María, ella me dijo: “Yo no lo veré porque voy a estar muerta: pero él le dará muchas satisfacciones y va a ser muy inteligente”



Esto me lo dijo mientras tocaba su sien derecha.
Efectivamente, hoy Mario es un excelente profesional y, además, es exalumno salesiano.

Ana Cecilia Hernández

Sor María lo sentó en su regazo



En el año 1967 mi hijo Ronald, de tres años, sufrió un golpe en la cabeza, que le produjo convulsiones muy fuertes, por lo que fue llevado al Hospital de Niños.

En dicho centro hospitalario los médicos que lo atendieron, después de placas y exámenes minuciosos, diagnosticaron que se le había declarado epilepsia.

Esta enfermedad le provocó convulsiones diarias y extremas, pues hubo día en que sufrió ocho o más.

Como madre, me sentí desolada y fue cuando mi esposo, Milton Baudrit, que de Dios goce, y yo, decidimos ir donde Sor María para comunicarle nuestro sufrimiento, y le llevamos a nuestro hijo, que a veces no comía y estaba muy delgadito y apagado. Nosotros creíamos que su vida iba a ser muy corta.



Sor María nos recibió con el cariño que ella acostumbraba, le contamos nuestra aflicción, y ella tomó al niño en sus brazos y lo sentó en su regazo...De repente, Sor María miró hacia un lado fijamente y con una gran sonrisa, afirmaba con su cabeza lo que la Santísima Virgen le decía: que hiciéramos los "Quince Sábados, visitáramos al Santísimo Sacramento, y que nuestro hijo sanaría.

Nosotros cumplimos con lo que Sor María nos dijo, y desde junio de 1983 mi hijo no ha vuelto a convulsionar en la forma tan fuerte en que lo hacía, y cada día que pasa está mejor, gracias a Dios.

El orgullo más grande de Ronald es haber estado en los brazos de Sor María Romero.

María Cecilia Fioravanti- Exalumna

Poliomelitis



En el año 1956 hubo en Costa Rica, epidemia de poliomelitis. Yo cursaba el segundo año en el Colegio María Auxiliadora de San José y era alumna de Sor María Romero. Una tarde salimos del colegio y nos dirigimos a tomar el bus de Sabana cerca de la estatua de León Cortés. Cuando caminábamos, una compañera, Angelita Hoffmaister me dijo: “Marta, tenés la boca torcida y no se te entiende bien lo que decís”.

Al llegar a mi casa en Barrio Los Ángeles, llamé al doctor Carlos Saénz Herrera, que después de examinarme dijo: “por suerte la polio sólo le atacó la cara. Dentro de unos días debe ir a rehabilitación donde el doctor Araya Rojas”.

Al día siguiente mi mamá fue al Colegio y le contó a Sor María lo que pasaba. Ella me mandó agua de la Virgen para que la tomara con mucha Fe. Una noche antes de asistir a rehabilitación, mi mamá vió venir a Sor María por la calle de nuestra casa, parecía que no tocaba el suelo cuando caminaba. La vio entrar en mi casa y la oyó decir: “Marta”. Al día siguiente llegué donde el doctor Araya Rojas que al examinarme me dijo: “Usted no tiene nada y no necesita rehabilitación”

Marta Eugenia Rodríguez P. -Exalumna



Curación completa



Yo tuve la dicha de conocer y trabajar con Sor María. Ella nos enviaba como pequeñas misioneras. En el año 1957 me casé con el señor Roy Aragón y dos años después nació mi primer hijo, Douglas, hoy párroco de la Iglesia de San Antonio de Padua, en Escazú.

Douglas nació con un daño severo en la cabeza, debido a que hubo que sacarlo con forceps. Su estado era en extremo grave y convulsionaba y lloraba continuamente, mientras la cabeza le crecía en forma desproporcionada.

Los médicos no daban con el diagnóstico, hasta que fue examinado por el eminente doctor Edgar Cabezas Campodónico, quien diagnosticó Hematoma Subdural Infectado, con derramamiento de pus en la cabeza.

Según el doctor Ortiz, quien ya había operado a otros niños con casos similares, Douglas tenía sólo un 10% de probabilidades de vivir, y, si lo lograba, era casi seguro que quedaría con retraso mental y posiblemente ciego.

Mi esposo y yo llegamos desconsolados donde Sor María a contarle lo que ocurría con nuestro hijo. Recuerdo sus palabras de consuelo:



"Cuenten con mis oraciones "Douglas fue operado en Nueva Orleans y convaleció durante 7 años aquí, en Costa Rica.

Con Sor María, aunque lentamente, se va a lo seguro, tal es la confianza de su corazón en el Señor.

Hoy el Señor lo tiene como su servidor. Continuamos llevando a nuestro hijo donde Sor María y sé, desde el fondo de mi corazón, que ella oró mucho por él, y que el Señor escuchó sus oraciones.

Maggie Carmiol de Aragón

Veo a Carolina con una gabacha blanca



Tuve la dicha de conocer a Sor María Romero y compartir con ella. Cuando se me presentaba algún problema o preocupación, corría donde ella; con su dulzura, paz y amor, me guiaba en las oraciones que debía hacer.

En el año 1973 mi hija Carolina, con un año y ocho meses, contrajo meningitis producida por la bacteria Meningococo, que produce una infección muy grave. Los médicos le daban un 50% de probabilidades de vida y la posibilidad de que quedara con algún daño cerebral.

Sor María me consolaba y un día me dijo: "Este tranquila. Yo veo a Carolina con una gabacha blanca de doctora o algo así efectivamente, mi hija sanó. Es un milagro de la Virgen María.

Cuando me pidió una gabacha blanca para ir a sus clases de Química en la Universidad, me acordé de Sor María.

Efectivamente, Carolina se graduó en Química Pura en la Universidad de Costa Rica con graduación de honor, sacó una maestría en el INCAE y desempeña hoy un alto puesto ejecutivo.

Sandra Saborio de Ferraro



Epidemia de Rubeola



El problema se nos presentó en 1974 cuando hubo una epidemia de rubeola. Teníamos dos hijos varones: uno de 6 años y el otro de 4.

Estando el mayor en el kinder, se contagió de aquella peste. De inmediato nos comunicamos con el médico, pues mi esposa tenía ya dos meses de gestación de nuestra tercera hija.

Se tomaron todas las precauciones del caso; se siguieron todas las indicaciones del médico, sin embargo, ella se contagió de la enfermedad.

Los médicos más optimistas aseguraron que había un 90% de probabilidad de que el niño naciera con problemas físicos y/o mentales.

Fuimos a la casa de Sor María Romero, Ella escuchó, nuestro problema y nos dijo que confiáramos en María Auxiliadora y que ella también nos ayudaría a rogarle para que nuestro bebé naciera sano.

El 14 de mayo de 1975 nació Tatiana, una niña sana y robusta. Salimos del hospital, y lo primero que hicimos fue ir a buscar a Sor María. Ella, muy feliz, tomó a la niña y la colocó, a los pies de María Auxiliadora, al tiempo que elevaba unas bellas oraciones.

Nosotros también elevamos fervientes oraciones agradeciendo a la Virgen este favor.

Miguel Angel Sancho González



En los brazos de María



Debía marchar a Colombia y tenía mucho miedo a los aviones. Se lo comuniqué a Sor María, que me dijo: "Muchacho, si los aviones también los chinea la Virgen. Y cuando se mueva, siéntete en los brazos de María, que te chinea porque es tu Madre"

Así vivía ella, en los brazos de María

Victor H. Fallas

De adolescentes, Monjas y chaperones



Bajo la sombra de los higuerones de la plaza de Mata Redonda, viendo entrar y salir presurosas y recatadas a las alumnas del María Auxiliadora, nos anocheció la adolescencia.

Escapados del Colegio de los Angeles, (donde poco teníamos de angelicales los alumnos), nos pegábamos a los muros del "María" tratando de escuchar y robarnos una risa de muchacha en recreo, o de ojear las frases doctas y severas de las monjas.

A veces escalábamos higuerón arriba para irrumpir con la mirada aula adentro.



Salía entonces Sor Carmela, ágil y de una severidad sólo traicionada por su mirada buena, para hacernos descender con la punta de un largo escobón, destructor de telarañas y de sueños.

Casi todo el año, las monjitas nos lanzaban furibundas miradas. Mostraban disgusto ante la desaliñada tropa de adolescentes que, victimados por los remolinos hormonales de la edad, rondábamos como gatos callejeros la fortaleza.

Sólo para la época de las fiestas patronales, suavizaban el tono y nos prodigaban monjiles sonrisas.

Para esos días, los muchachos nos tornábamos importantes, pues nos permitían entrar al claustro para construir chinamos, comedores y demás obras necesarias para los festejos.

Esos días entrábamos y recorríamos patios, aulas y pasillos, curioseando y aspirando los aires donde pasaban el día nuestras dulcineas.

Tras los días de construcción y festejo, de nuevo se cerraba la fortaleza y los muchachos retornábamos resignados al exilio, sentados en los caños y dejando volar pelotones de ilusión.

Hermoso tiempo de noviazgo a distancia y con presencia constante de chaperón centinela .

Bastaba rozar la mano de la amada, para partir feliz rumbo a la casa silbando aquel "Sin Ti"



panchesco, o recitando rimas becquerianas.

Una vez, durante un turno, recorrí zaguanes olorosos a libro viejo e incienso, tratando de lanzar una miradilla al dormitorio de las alumnas internas.

El eco de unos pasos me hizo temeroso cambiar el rumbo y me refugié en la Capilla

Ahí había una monja hincada ante la imagen de Nuestra Señora.

Sus facciones mostraban una mezcla de gozo, amor profundo y sentimiento intenso.

Sus manos entrelazadas dejaban escapar cuenta a cuenta un húmedo rosario.

Nunca conté antes lo que vi. Tuve miedo de las risas burlonas de Alfredo, Jorge, Ponta, Tecla y todos los de mi barra.

Se me ha olvidado contárselo a nadie por los caminos de la vida; pero ahora que paso los sesenta, nadie va a creer que estoy loco si le digo que la figura de la monja al rezar parecía flotar, sobre una capa de aire lentejuelado y humeante. Al menos así lo vieron mis ojos, que entonces eran muy jóvenes. Ella, Sor María Romero, al orar por sus pobres, levitaba.

Abel Pacheco
(Tomado de "Historias de mi Barrio")



Fui su confesor



Conocí a Sor María Romero durante mis primeros años de sacerdocio.

Desde el primer momento pude percatarme de que era una mujer extraordinaria. Fui su confesor por algún tiempo, y cuando Sor María viajó a Europa me trajo una reliquia de Domingo Savio que conservé con mucho cariño.

Más tarde pasé a trabajar en las misiones salesianas de Alta Verapaz, en Guatemala, y en Kampur, pueblecito situado a unos 50 Kms de la ciudad Principal fui secuestrado por el ejército.. La reliquia quedó allí, en Kampur, pero gracias a Dios pude salir libre.

Allí mismo, en esa misión, recibí la noticia de la muerte de Sor María, y veo como su obra era de veras de inspiración divina, pues perdura y florece a través del tiempo.

Padre Luis Pacheco - SDB.



Epilogo



Una Mujer, Sor María Romero Meneses



Una mujer con saber de Eternidad. Una mujer de emanaciones luminosas. Una mujer fecunda en la esperanza, que siguiendo el rumbo de su Fe, escogió el camino del recinto virtuoso, consagrándose como Hija de María Auxiliadora.

Sor María Romero

Muchos la conocen. Otros la desconocen. Pero para todos, ahí está Sor María Romero. Pocos conocen su obra. Otros saben poco, muchos la ignoran, pero para todos aquí está la gran obra social y espiritual de Sor María Romero.

Una mujer a quien, la espontaneidad que imprimió a sus intenciones y la firmeza de sus pensamientos, la conducen a formar parte del alma nacional.

Una mujer valiente que, mirando de pie el destino que le estaba reservado y quebrando los estereotipos, se lanza a realizar sus sueños.

Una mujer progresista, firme en su avanzada para

los tiempos tímidos de la época, donde sólo los espíritus fuertes y superiores triunfan sobre el ambiente para realizar su proyecto. Hoy, un proyecto convertido en realidad.

Una mujer de naturaleza tan sensitiva como vigorosa.

Sensibilidad que la condujo al sufrimiento ante la miseria espiritual y material que veía a su alrededor, y que se convirtió en santo coraje para realizar su pensamiento. Hoy un pensamiento convertido en acción.

Una mujer sincera, sin dobleces, tenaz y firme, para cruzar las aguas turbulentas y tomar el timón de la nave de sus propósitos con firmeza y coraje, para llevarlos a su meta. Es Sor María Romero, la más alta expresión de la sensibilidad y el valor femeninos.

Una mujer que sin ser madre biológica, tuvo siempre una dulzura y ternura maternal para todos aquellos que acudían por su consejo y auxilio.

Una mujer con la hidalguía de un ser superior emprendió una cruzada de bien social, espiritual y material, para conquistar cuanto había de excelso por rescatar, en el campo de su acción.

Una mujer entregada con cariño y el corazón abierto a los pobres, desprotegidos y marginados. De corazón tan grande como su entrega. Una



mujer que como el sándalo, perfumó sus expresiones de aliento. Una mujer toda abnegación, sacrificio y prudencia.

Una mujer incansable, aún cuando la fatiga amenazara con doblegarla. Con su vitalidad y energía quijotescas, como dones celestiales, se alzaba gigante, sereno su espíritu, para seguir adelante su sendero.

Una mujer que surge como ejemplo, en una sociedad convulsa, angustiada y agobiada, como un sedante para el espíritu.

Proclamar que el logro espiritual y social alcanzado por Sor María, y el haber dejado arraigado en el alma de sus seguidores el sentimiento de conciencia social, estrictamente vinculado a Jesús y María, no es sólo hacer justicia, es también revivir el honor al mérito.

Una mujer, Sor María Romero Meneses

Olga Marta Ulate Rojas -Exalumna



*Exalumnas de Sor María
responsables de esta publicación:*



Roma Antonini V.

Sor Nora Herrera P.

Irene Kruse R.

Sor María de los Angeles Montoya H.

Damaris Mora Ch.

Ana Isabel Mora R.

Flora Rodríguez V.

Flora Ruiz S.

Olga Marta Ulate R.

Ana Cecilia Vargas G.

Elizabeth Villaverde P.



**Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Ediciones Sanabria S.A.
San José, Costa Rica, en el mes de abril del año 2002.
Primera Edición.
3000 ejemplares.**